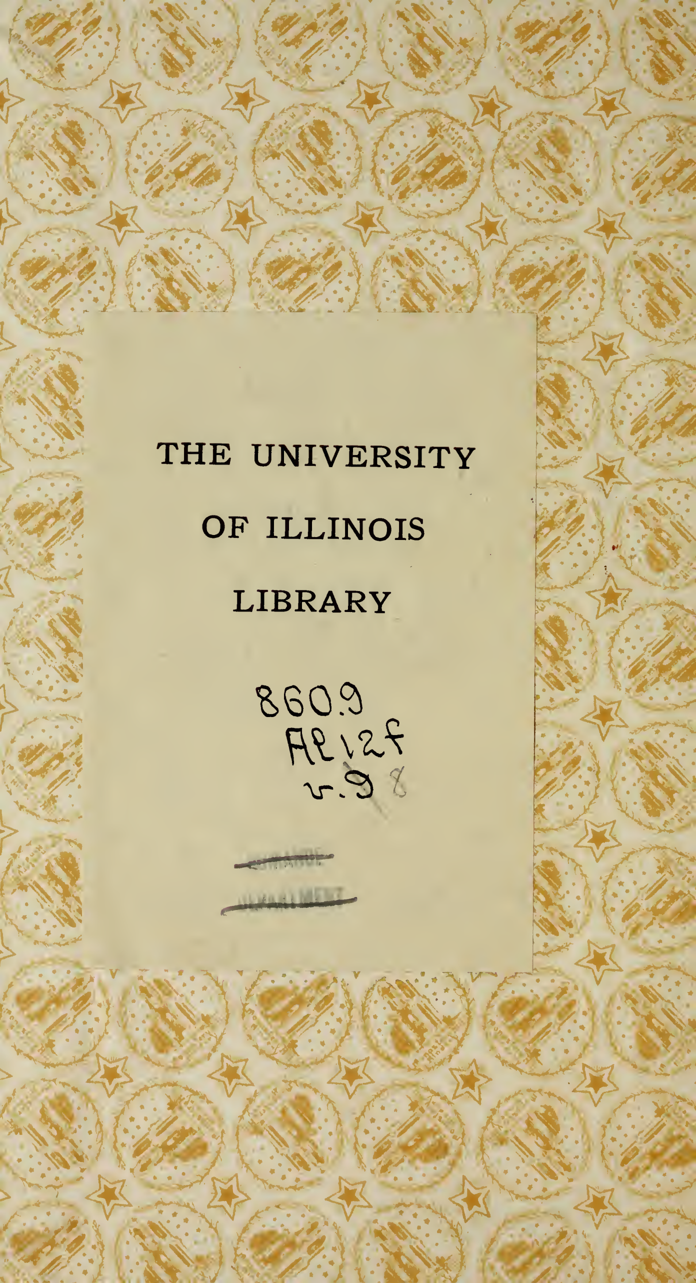


FOLLETOS LITERARIOS

VIII

UN DISCURSO

OBRAS DE LEOPOLDO ALAS

(CLARÍN)

El derecho y la moralidad.
Programa de economía.
Alcalá Galiano (conferencia).

La literatura en 1881 (en colaboración) (3.ª edición).
La Regenta (novela) (dos tomos).
Su único hijo (novela); un vol.
...Sermón perdido (3.ª edición).
Pipá (novelas cortas) (2.ª edición).
Nueva campaña.
Folletos literarios. I.—Un viaje á Madrid.
» II.—Cánovas y su tiempo.
» III.—Apolo en Pafos.
» IV.—Mis plagios.
» V.—A 0,50 poeta.—Epístola.
» VI.—Rafael Calvo y el Teatro Español.
» VII.—Museum.
Mezclilla.
Solos de Clarín (4.ª edición), ilustrada.
B. Pérez Galdós.—Semblanza biográfica. (2.ª edición.)

EN PRENSA

Doña Berta; Cuervo; Superchería (novelas cortas).
Folletos literarios: (IX).

EN PREPARACIÓN

Una medianía (novela).
Esperaindeo (novela).
La viuda y el libro (novelas cortas).
Tambor y gaita (novela).

FOLLETOS LITERARIOS

VIII

UN DISCURSO

POR

CLARIN

(LEOPOLDO ALAS)

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FE

Carrera de San Jerónimo, 2.

—

1891

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.



ILMO. SR.

SEÑORES:

El querido y muy discreto compañero que, hoy hace un año, leía desde esta tribuna el discurso de apertura de nuestras cátedras, comenzaba su interesante oración consagrando un recuerdo á sus propios dolores; á la memoria de su madre que, pocos meses antes, había perdido. Permitidme que yo también comience hoy mi tarea evocando una pena, si no tan viva, si menos intensa, no menos cierta: la que me causa la ausencia eterna de un predilecto discípulo del pasado curso, Evaristo García Paz, á quien en vano hoy llamarán aquí tres veces para que acuda á recoger los sendos premios que en todas las asignaturas del primer año de Derecho, y último de su vida, alcanzó, merced á brillantes ejercicios y á méritos que, de segu-

ro, estarán recordando ahora los que fueron sus condiscípulos, sus émulos y amigos. Jamás puede ser inoportuno el pensamiento de la muerte; si en el festín que nos describe un autor clásico la representa un esqueleto de metal precioso, en el banquete de la vida, ella, sin que la traigan, se presenta con sus propios huesos. La muerte es un episodio siempre verosímil y que no descompone obra alguna racionalmente ideada; y no habrá retórico ni moralista que me contradigan. Pero si el morir, para las almas tristes que se niegan á sí mismas, es un horror necesario, para los amigos, más ó menos íntimos, de ese Platón, del cual nos manda huir un pedagogo de quien he de hablar mucho, más adelante; para los que creen en las *ideas*, la muerte, que es una idea, sin dejar por eso de ser una realidad, no es más que un símbolo edificante. Lo más grande y poético que ha habido hasta ahora en la historia, ha sido la muerte de algunos justos. Es lo más seguro y lo más misterioso. Sobre la muerte no caben experimentos, porque el morirse los demás es otra cosa. Como hecho no puede ser observado, pues no habrá positivista, por crudo que sea, que pretenda haberse muerto; además, lo que se puede ver desde fuera cuando se mueren otros, no es un hecho, sino una serie de hechos; la ciencia, y hasta la observación vulgar, nos dicen que el

morir es irse muriendo. Schopenhauer exagera al reducir la muerte á una aprensión, pero es indudable que es una idea; no hay muerte sin cierta metafísica; y, como es cierto que hay muerte, es cierto que hay *cierta* metafísica. Sí, la muerte lleva á la idealidad: la religión más espiritual del mundo viste de luto; la religión más extendida por el mundo tiene un dios de la muerte y en un modo de muerte ve lo que ella entiende por gloria.

Digo todo esto, señores, no por importuno afán de imitar las *salidas* filosóficas de nuestro querido poeta asturiano, sino porque, en efecto, la idea de este discurso que os leo se ha engendrado al calor, calor digo, de la tristeza que me causó este verano la noticia inesperada, dolorosa, de la muerte de García Paz, que estaba siendo, desde lejos, mi colaborador en este trabajo. Partidario yo, como varios de mis queridos compañeros, de que nuestra enseñanza sea ante todo una amistad, un lazo espiritual, una corriente de ideas, y también de afectos, que vaya del profesor al discípulo y vuelva al profesor, y jamás se reduzca á un puro mecanismo, cuya única fuerza motriz sea la autoridad cayendo de lo alto; partidario más de sugerir hábitos de reflexión que de enseñar una ciencia, que acaso yo no tenga, quería dar en esta mi primer oración académica una muestra del tra-

bajo de mi cátedra, y para ello había invitado á García Paz, á fin de que me ayudase en el esfuerzo de resumir, recordándolas, algunas lecciones que juntos habíamos estudiado al principio del curso, al examinar, según mi costumbre, los caracteres generales de nuestra labor escolástica y sus antecedentes. Lo que era la actividad del pensar dentro de todo hacer; lo que era el pensar metódicamente y con propósito científico; y, dentro de esta especie, lo que era el discurrir é indagar en colectividad, como obra social; y, aun dentro de esto, lo que era el investigar con fin didáctico, y lo que era en lo didáctico la enseñanza regular y constante, y las condiciones racionales é históricas de sus grados, hasta llegar al nuestro, el llamado superior ó de facultad; y, por último, la relación de toda esta doctrina á nuestro asunto propio: el derecho; tal, á grandes rasgos, era la materia que á mí me había servido de preliminar, entre otras, para mis conferencias; y de esto quería yo hablar hoy, ayudado por el trabajo de mi discípulo, que se encargaría de condensar nuestras lecciones de principio de curso, relativas á tales asuntos, mientras yo me dedicaba á comparar estos resultados con el de recientes lecturas de la pedagogía modernísima, de última hora pudiera decirse. García Paz era taquígrafo, y, lo que importaba mucho más, inteligente, pensador, y el

fruto de sus apuntes iba siéndome de gran provecho. Sí, porque ya había comenzado á remitirme notas...; pero vino la muerte, y la última lección me la dió mi discípulo con su silencio. Desde aquel día cambié de propósito, y á esa idealidad que sugiere la presencia de la muerte, como un perfume de ultratumba, se volvió mi ánimo, y bajo su influencia quise escribir este discurso, sin abandonar el género del asunto, la enseñanza, pero dejando el aspecto general y total en que pensaba considerarlo, para concretarme á la relación de esa actividad misma... no con la muerte, pero sí con el modo de vida que en mi sentir inspira el recto pensar y el natural modo de impresionarse ante la idea de la necesidad de morirse.

No veais necia extravagancia en este modo de tratar el asunto de un discurso académico; pronto encontraréis ceñido á rigorosa relación lógica este punto de vista, que no es un tópico declamatorio, sino posición estratégica que tomo y que juzgo fuerte; aunque sin negar, porque no hay para qué, la ocasión sentimental, cabe decir, que me la ofrece. De este modo el discípulo perdido, el compañero de trabajo que me dejó solo, continuará influyendo á su manera, como ahora cabe que influya en este opúsculo, que le dedico con todas las veras y todas las tristezas de mi alma. Porque si algo hubiera

que á los que tenemos cierta fe, á más de cierta metafísica, pudiera quebrantarnos la esperanza en el bien definitivo, en la justicia de lo que llamaría Spencer lo Indiscernible, sería el espectáculo de la lozana juventud muriendo, que es como el ver morirse á la esperanza misma. Pero no; ya lo dijo un poeta, que ni aun necesitó llegar á ser cristiano para decirlo: «Los predilectos de los dioses mueren jóvenes.» Por lo visto, mientras nosotros preparábamos al buen estudiante esos premios que no ha de recoger, él había conquistado otro más alto.

Y ahora, señores, aun suponiendo que se pueda llamar digresión á lo que me sirve para llegar á la medula de mi idea, ¿habrá entre vosotros quien se atreva á tachar de superfluas ó excesivas todas estas palabras consagradas á honrar la memoria de un alumno escogido, de un alma llena de promesas para el bien y para la ciencia? Como la Iglesia tiene panegíricos para sus santos niños, puede la Universidad tenerlos para sus doctores malogrados. Yo por mí, veo algo de noble y delicado, sobre todo de oportuno, en medio de tanto incienso como se tributa al mérito dudoso y al poder cierto, en el elogio consagrado á un espíritu inocente, dulce, como el de García Paz, que sólo pudo faltar á sus promesas faltándole la vida; que se desvaneció como lo que era, como una esperanza.

I

Si queremos dar un nombre á la tendencia que predomina, en cuanto á la conducta racional se refiere, en los pensadores y publicistas que pretenden representar el movimiento de la civilización, según su genuino carácter en la actualidad, podemos valernos de la palabra escogida por un crítico inglés para señalar lo que estimaba un prurito excesivo de su país; podemos decir, con Matthew Arnold, que es el *utilitarismo* lo que da el tono á la corriente general de la vida moderna, en opinión de tales escritores y sabios, que sabios son muchos de ellos. Mas hay que tener en cuenta que, así como el parlamentarismo, en cierto sentido, hoy significa los abusos y excesos de un sistema político, así el utilitarismo, que para un Bentham y para un Stuart Mill es un título de gloria, la palabra santa, pudiera decirse, significa, en la acepción en que Matthew Arnold la emplea y á

que yo me refiero, algo que supone también abuso, exclusivismo, limitación y decaimiento. El utilitarismo, como en cierto sentido el parlamentarismo, nació inglés; pero después pueblos y más pueblos lo copiaron, y hoy toma un aspecto de universalidad que á muchos engaña y les hace creer que es cosa que está en la atmósfera de todas las naciones, un producto natural del tiempo.

Se habla mucho, y es verdad en ciertos límites, de que los franceses pretenden representar en su vida nacional todo lo esencial de la cultura moderna; se dice que para los franceses su siglo son ellos, su país el mundo; y aun se añade que esta vanidad los lleva á desdeñar y á ignorar todo ó casi todo lo que pasa, é importa, más allá de sus fronteras. Pero si todo ello es verdad, no exagerándolo, no lo es menos que dentro de la misma Francia no falta quien advierta con repetidas admoniciones la realidad y los peligros de tal error, de tal enfermedad del espíritu francés, puede decirse; y por lo que toca á los demás pueblos de civilización adelantada, si la imitación y casi exclusivo estudio de todo lo francés predominó en tal ó cual época, y aún predomina entre ciertos elementos intelectuales, lo que es la que pudiera llamarse aristocracia de la cultura en cada país, ya no vive bajo tal prestigio, y más bien es moda, y como

indicio, ó apariencia á lo menos de saber mucho, desdeñar y hasta compadecer un tantico á los franceses y volver los ojos... casi siempre del lado de Inglaterra. Y esos mismos escritores y maestros de París que advierten á los suyos que deben ser humildes y estudiar lo de fuera, casi siempre coinciden también con ese culto racional que se rinde por la flor y nata de la inteligencia en toda Europa y gran parte de América, á los ingleses; y si juntamos esta admiración á la que á sí propios se consagran, metódicamente y por principios, los ingleses mismos, tenemos una tendencia casi universal de espíritu inglés, llamémosle así, en aquellas altas regiones de la inteligencia en que se fraguan las teorías y los arranques del ingenio, y se da dirección al *globo*, en cuanto del pensamiento humano depende. Dios me libre de creer, y más de decir, que no merece esa predilección general Inglaterra; creo firmemente que, en lo más, la ha conquistado con armas de buena ley, con sus propios méritos; mas lo que digo es que ni en política, ni en pedagogía, ni en filosofía, ni en costumbres deben prescindir los demás pueblos de su espontaneidad, de lo que les es propio, ni tomar por bueno todo lo inglés, cuando en la misma isla no falta quien censura y hasta pone motes á tendencias y cualidades que el Continente admira, imita y hace objeto de

apologías sin cuento. ¡Cosa extraña! Jamás ha faltado en Inglaterra misma, donde efectivamente hay de todo, alguna personalidad insigne que nos avisara de los peligros de ciertas grandezas insulares que, vistas de lejos, nos pasmaban. Lord Byron, dejando aparte sus excesos y extravíos, su *yo*, mitad satánico mitad angélico, tenía razón en mucho contra sus perseguidores, que eran los representantes genuinos del espíritu común de la vida moral de Inglaterra. Ciertas protestas líricas del rival de lord Byron, Shelley; no pocas páginas de los grandes humoristas británicos; muchos pasajes de las novelas de Thackeray, Eliot y Dickens; el idealismo todo de Carlyle, con la gran obra literaria, histórica y filosófica que produjo; algo del pre-rafaelismo pictórico y poético, y las enseñanzas y quejas de algunos críticos como Vernon Lee y singularmente el citado Matthew Arnold, mas otros muchos elementos de la vida intelectual inglesa, son otros tantos correctivos de ese utilitarismo y de ese formalismo inglés, que en sus excesos ha llegado á merecer amarga sátira y diatribas y apodos como el *cant*, el *snobismo* y otros, de nombre y calidad puramente británicos. Mis escasas lecturas de los poetas y críticos ingleses, sobre todo de los modernos, me inclinan á sospechar que el vulgo de los admiradores de Inglaterra, en el Continente, muchas

veces se extasía ante ideas, sentimientos y costumbres que las almas verdaderamente escogidas de las islas miran como defectos de su país, como desvaríos y pequeñeces de la plebe moral de su tierra. Más diré; algunos extranjeros que han estudiado á Inglaterra de cerca, con tal ó cual propósito particular, por ejemplo, este que hoy nos importa, el pedagógico, han comenzado sus informes cantando himnos de incondicional alabanza, y la fuerza de la sinceridad los ha llevado á concluir consignando rasgos de la vida inglesa en el orden respectivo, que no eran dignos de envidia ciertamente, ni merecían imitarse. Así, por ejemplo, el profesor Viese, de Berlín, que estudió la educación y la enseñanza inglesas por sus propios ojos, y publicó después, como resultado de sus observaciones, una obra importantísima, que los mismos ingleses tradujeron y meditaron; Viese, que admira en general la educación británica y la coloca muy por encima de la alemana, al señalar los defectos de las instituciones y costumbres que examina, pone bien en claro, tal vez sin parar mientes en toda la fuerza de su testimonio, el aspecto triste y antipático que sirve de contrapeso á tantas excelencias. Y Gabelli, el ilustre pedagogo italiano, que en su admirable libro acerca de *La Instrucción en Italia*, publicado este verano, copia con deleite páginas y más páginas del an-

glófilo alemán, después de hacer consistir casi casi la reforma útil de la enseñanza en la imitación de los ingleses, cuando más adelante llega á hablar por propia cuenta, y más atento á su gran experiencia y claro juicio que á sugestiones forasteras, viene, á mi entender, á contradecirse un poco al buscar las cualidades que propiamente debe anhelar el pedagogo italiano para la enseñanza en su tierra. El entusiasmo de Arístides Gabelli por la instrucción y su método, según los ingleses, podría templarse un poco leyendo, ó recordando si lo había leído, lo que acerca de los resultados de esa enseñanza escribe otro testigo de vista, M. Texte, en un trabajo acerca de la *cuestión del latín en Inglaterra*, del cual hemos de hablar más adelante. Y aún más que las atenuaciones del entusiasmo á que obliga lo observado directamente por José Texte, importa el testimonio de ilustres autores ingleses, por el mismo citados; por ejemplo, el del insigne Freeman, que declara que durante su carrera los exámenes no le han servido para hacerle leer más que un libro útil: la Ética de Aristóteles. Y añade Freeman que no ha comenzado á *trabajar*, en el verdadero sentido de la palabra, hasta después de dejar atrás su último examen.

Y si se me pregunta ahora á qué viene toda esta agua que pretendo arrojar sobre el sacro

fuego de la que, con licencia, podemos llamar universal anglomanía, respondo que obedece mi propósito á la necesidad que siento, no de negar lo evidente, las grandezas de Inglaterra, su prosperidad en el orden pedagógico cual en casi todos, sino de comenzar desde el principio oponiéndome á lo que veo ser corriente general, que hace que se prejuzgue la cuestión que quiero que sea asunto de este discurso.

II

Observo, señores, en la mayor parte de los libros, oraciones académicas y artículos que he tenido que leer y examinar, para hablaros hoy de algo que no fuera pura imaginación mía, que la grave cuestión pedagógica de la actualidad está influida y podría decirse que prejuzgada por ese culto del utilitarismo, que parece dogma indiscutible de conducta para los mismos que tanto empeño muestran en negar autoridad á otros dogmas. El utilitarismo responde, en la esfera práctica de las aplicaciones, de lo que en lato sentido podría llamarse política, ó sea, en cuanto materia de conducta social, á lo que se denomina en el terreno de lo teórico, de la pura investigación, positivismo, usando una palabra que hoy ha tomado una significación más extensa que la de apellido de una escuela filosófica determinada, la de Comte. No

sería difícil demostrar, y pocos habrá que lo nieguen, que el positivismo, aun como filosofía, aunque se bautizó en Francia, es de origen inglés; en rigor el positivismo, aparte de lo que tiene de herencia de empirismos antiquísimos, nació en aquella comunión filosófica de unos pocos sabios ingleses que se juntaban á renovar el sensualismo de ilustres patriotas suyos; comunión intelectual que nos describe magistralmente Fouillée al historiar los antecedentes de la idea inglesa del derecho. No cabe duda: el positivismo, en lato sentido, como el utilitarismo en cuanto criterio para la vida, representan el espíritu práctico inglés, su prurito de finalidad inmediata, que tan bien nos pinta Taine cuando estudia, con motivo de Stuart Mill, los caracteres generales del genio inglés en su filosofía, en comparación del alemán y del latino.

Pues bien; el recuerdo de lo que dice ese Taine, al cual parece que también es moda para algunos olvidar ó tener ya en poco, ese recuerdo debía bastar para advertir á muchos pedagogos teóricos más ó menos improvisados, que no cabe proclamar como fin y tendencia natural y lógica de toda la civilización contemporánea lo que puede ser, á lo sumo, temperamento especial de una gran nacionalidad, carácter de una raza. Porque es de advertir que el argumento

más serio, más importante, el que sirve de quicio á los más para pedir en la enseñanza la reforma antisentimental, que llaman algunos, la derrota del ingenio, de la retórica, de las humanidades y de la idealidad, la abolición del *mandarinato* europeo nacido de las aulas, el argumento Aquiles es el utilitarismo, ó sea, la universalización de algunos caracteres del genio inglés, que si le dan positivas ventajas por muchos respectos, en otras relaciones le limitan. Y sobre todo, que en el mundo hay más. Yo seré el primero á poner sobre mi cabeza las excelencias del espíritu inglés y de la cultura de este país, desde el momento en que no se me ofrezca como modelo único y no se convierta en ideal genérico, abstracto, lo que no es más, en suma, que un estado de progreso en que se expresa el genio particular de una raza, libre y sabiamente desenvuelto. Pero el utilitarismo inglés, que tiene su explicación histórica y sus ventajas parciales constantes, si debe legítimamente influir en la vida moral y aun material de otros pueblos civilizados, también debe dejarse influir por elementos sanos y racionales, que en otras partes nacen naturalmente y progresan y crean instituciones y tendencias que son ornato y gloria de la vida moderna. Así, por ejemplo, en esta materia pedagógica, mejor que alabar sin medida todo lo inglés, será distinguir y recono-

cer que, en cuanto á la instrucción de la juventud se refiere, los alemanes les sacan ventaja, mientras en el propósito educativo el país británico lleva la palma, aunque á mi juicio con ciertas reservas.

A esta preocupación y excesiva estima del espíritu inglés y de su utilitarismo hay que añadir, como corolario en cierto modo de tales tendencias, otro punto de vista parcial, y también exclusivo, en que muchos tratadistas de educación y enseñanza se colocan hoy al proponer reformas y novedades en este orden. Me refiero á lo que puede llamarse preocupación patriótica, al exclusivismo nacional. Nada más legítimo que el amor á la patria, ni nada más racional que estudiar cualquier problema del orden sociológico con atención á las condiciones y circunstancias del pueblo de que directamente se trata. Hay en la ciencia y en el sentimiento cierto cosmopolitismo que se pierde en vaguedades, no cabe duda; hay una cierta filantropía que no es más que una confusión sentimental, ineficaz y hueca; hay un cierto derecho natural que es sólo una abstracción insulsa que, como algunas aves, necesita que al calor de nido ajeno brote la vida de lo que ella engendra: no trato yo de defender nada de esto. Sin llegar al extremo de pensar, con Savigny, que el derecho no es más que un producto consuetudinario que

nace de las entrañas de cada pueblo, veo la legitimidad con que la escuela histórica atenuada, pudiera decirse, de algunos ilustres filósofos jurisconsultos de nuestros días, da todo el valor que le corresponde á la variedad jurídica determinada por toda variedad histórica: ¿cómo no, si á mi juicio, en entender así el derecho consiste el entender el derecho, que no es más que una forma universal de vida? Tampoco negaré que en el momento presente de la civilización todavía el predominio de la vida nacional sobre todo otro modo social jurídico es el oportuno y propio por razón del tiempo; y en nombre de esta idea, lo mismo que combatiría la descentralización mal entendida, un regionalismo desmedido, combato un cosmopolitismo imprudente, divina música del porvenir, que ahora sólo puede ser eficaz y armónica en vagos preludios *estéticos* y poéticos, no como realidad política inmediata, que es como lo entienden ciertos utopistas, soñadores de bajo vuelo, como lo son todos aquellos que no saben soñar sino cual sonámbulos, porque quieren hacer dormidos lo que sueñan. El utilitarismo de los soñadores es todavía menos recomendable que el otro. Se puede tolerar, en todo caso, al que sólo ve la utilidad parcial inmediata de algo que efectivamente pueda realizarse; pero son intolerables los groseros soñadores que nos proponen la

utilidad inmediata de perfecciones futuras que sólo por traerlas al presente quedan contrahechas y debilitadas. Por todo lo cual, me guardaré muy bien de proponer ni en política, ni en derecho civil, ni en pedagogía, ni en nada, una especie de modelo académico universal, abstracto; un *ideal,* como suele decirse. La idealidad bien entendida, aquella que me refería al decir que nos la recuerda la muerte, es quien más huye de *ideales* mecánicos, estáticos, que fácilmente se convierten en *ídolos*. Creo que no cabe hacer más concesiones al espíritu del patriotismo nacional; pero repito que éste, como todo, puede tener sus excesos, y los tiene, cuando se convierte en aspiración exclusiva y pone en olvido derechos sagrados del individuo y derechos sagrados de la humanidad.

Concretándome á lo que á mi asunto importa, diré que he notado que muchos modernísimos tratadistas, particularmente franceses, escriben de estas materias pedagógicas con absoluto abandono de todo respecto que no sea el nacional; para ellos parece que no hay más criterio que aquel expresado por Napoleón I, cuando se quejaba en Santa Elena de que M. de Fontanes no hubiese sabido apreciar su concepto de la instrucción pública. Al crear la Universidad, decía, se había propuesto que la ciencia quedase relegada á un lugar secundario y que se atendiera ante

todo *aux principes et à la doctrine nationale* (1). También algunos escritores modernos quieren que ante todo la enseñanza pública les sirva para preparar desquites políticos y hacerse respetar, como potencia, en el extranjero. No es extraño que coincidan con Napoleón estos partidarios del utilitarismo nacional exclusivo; Bonaparte, que despreciaba la ciencia y la miraba, no ya como *ancilla Theologiæ* siquiera, sino como servidora de los intereses nacionales, era el mismo que, en un momento de mal humor, expresaba el deseo de arrojar al agua á todos los metafísicos. Algo así viene á hacer, en lo que de él depende, M. Frary, el discreto pero temerario autor del famoso libro titulado *La cuestión del latín* (2) que hace seis años se publicó, produciendo un gran estrépito, que algunos calificaron de escándalo. Raul Frary opina que Fichte, Schelling y Hegel con sus lucubraciones dialécticas no hicieron, en rigor, más que perder el tiempo. Esto viene á ser como echar al agua á los metafísicos, en la medida en que puede hacerlo un periodista de París sin mero ni mixto imperio. También es moda entre muchos franceses tener en poco, relativamente, á Napoleón; pero yo veo que algunos, sin pensarlo acaso, le imi-

(1) M. Breal: *L'Instruction publique en France.*—5.ª edición.—Paris: 1886.

(2) *La question du latin*, por Raoul Frary.—París: 1885.

tan en cierta afectada rudeza y antipatía á lo ideal y delicado, en ciertas *salidas* ó *boutades*, como dicen ellos, que no revelan al hombre de genio. Este señor Frary, que tanto desprecia á los metafísicos, es entusiasta, como ninguno, de los ingleses, y partidario de guiar la enseñanza pública por el criterio de una utilidad inmediata y *terre à terre,* material podía decirse; para él tampoco hay que atender más que á formar, por lo pronto, ciudadanos (estaba por escribir soldados) que sirvan para recuperar la Alsacia y cosas por el estilo. Santa es, sin duda, toda patria, aunque no sea la nuestra, y respetables todos los sentimientos que á ella se refieren; pero yo estimo que ni á la patria misma se sirve del mejor modo supeditando al interés de una próxima campaña, ó por lo menos de una emulación internacional, cosa tan alta y tan constante, y pudiera decirse perdurable, como es la educación y cultura intelectual de los pueblos. Mucho más patriótico que el famoso libro de Frary es, á mi juicio, el de M. Breal, por lo mismo que es más prudente, más sereno, más técnico, menos revolucionario en la apariencia y más en el fondo; y por cierto que para dar sanas lecciones á sus compatriotas, no necesita el sabio profesor del Colegio de Francia recomendar ante todo la geografía y la lengua inglesa, el desprecio de la idealidad, el amor de las ri-

quezas y otros platos fuertes de epicurismo moderno; antes prefiere ganar camino respetando lo respetable... y tomando lecciones de esos mismos alemanes á quien él también supongo que desearía vencer en toda clase de contiendas.

Frary recomienda las reformas en la enseñanza como puede recomendarse la pólvora sin humo ó un método para movilizar un ejército. Así, no es de extrañar que cuando llega á la famosísima cuestión del latín, ó sea del estudio de las lenguas clásicas, casi nos convenza, perentoriamente, de que sobran tales quebraderos de cabeza, como en efecto sobrarían y estorbarían, si lo único que tuviera que hacer una nación fuera prepararse para una guerra incierta con los alemanes ó con quien queramos suponer. Nadie pretenderá, en efecto, que por saber, ó no saber (que esta es otra cuestión) traducir los *Comentarios de César* ó los libros de Xenofonte, van los franceses, ni nadie, á conquistar la Germania, ni siquiera á retirarse con orden en caso de nuevas desgracias. Pero no es bajo esta preocupación guerrera, ni tampoco atendiendo principalmente al comercio ultramarino y á la emigración colonial, como pueden tratarse científicamente cuestiones tan graves y tan poco materiales como las que se refieren á los estudios propios de la juventud en un país muy civilizado.

No habéis de extrañar que tantas palabras dedique á la obra de Raul Frary; aún he de hablar de ella más adelante varias veces, al tratar una y otra cuestión concreta: y he de confesar que mucho antes de nombrar este libro, á él estaba aludiendo, casi desde el principio, si bien no á él solo. De las tendencias que representa, y que yo combato, es la obra de más relieve publicada en estos últimos años, la que más ha llamado la atención seguramente, y una de las que merecen más detenido examen, porque no cabe duda que el autor tiene talento y sabe no poco, aunque no sea, en mi concepto, un verdadero escritor de pedagogía teórica como el citado Breal, ni como Gabelli, también nombrado. Por cierto que este último, en la obra á que ya me he referido (1), procura también principalmente un fin patriótico; pero ¡por cuán distintos senderos! Arístides Gabelli, que es, en concepto del insigne Pascual Villari, el más notable pedagogo que ha existido en Italia, es todo un pensador y un hombre práctico, sin necesidad de desdeñosos positivismos: es un ilustre iniciador y reformador á quien Italia debe, merced á sus escritos, á su administración y á sus consejos, oídos por ministros y secretarios ge-

(1) *L'istruzione in Italia: Scritti d'Aristide Gabelli, con pref. di Pasquale Villari.*—Parte prima.—Bologna: año 1891.

nerales, grandísima parte de los adelantos en la instrucción pública. Pues bien: este hombre ilustre, que ha demostrado su amor á Italia consagrándole su vida, llena de sacrificios, también aspira en sus estudios pedagógicos á mejorar la patria; pero no en són de guerra contra nadie, no en lucha sangrienta, no preparando ante todo generaciones que venzan á otros pueblos ó por las armas ó en la no menos terrible lucha por la existencia, material, egoísta. No reniega del ideal, como no reniega ningún buen pedagogo moderno; más bien se burla discretamente, y hasta cierto punto, de un gran cañón que en el concurso internacional de Viena figuraba en la galería italiana entre los objetos pertenecientes al ramo de instrucción pública. Este cañón, tan mal colocado, paréceme un símbolo de libros como el de M. Frary y de muchos discursos y artículos escritos modernamente con ese mismo criterio. Gabelli quiere la enseñanza reformada, progresiva, no para comparar á Italia con otras naciones, sino porque siendo un pueblo que ha conquistado política y formalmente su soberanía, no podrá decir que es libre de veras hasta que *se libre* de su propia ignorancia, hasta que *se libre* de la rutina. La teoría general de Gabelli, y la del mismo Breal, y la de Lavisse y otros notables tratadistas de educación y método de enseñanza, es ésta: que los pueblos

modernos no son *modernos* de veras si insisten en tener Colegios y Universidades que se rijan por el sistema inventado sabiamente por los jesuítas para fines muy diferentes de los que pueden perseguir las naciones que tienen ó piden el sufragio universal y todos los derechos revolucionarios. Esta pretensión es, en general, muy legítima, porque no cabe duda que la vida del siglo XIX ha determinado nuevas necesidades en todos los órdenes, y que la enseñanza antigua, en lo que tiene de rutinaria, de mecánica, y aun en lo que tiene de excesivamente retórica, *estética*, como se ha dicho con cierta impropiedad gráfica, no puede servir á nuestro tiempo ni para hacer progresar la ciencia, ni para hacer progresar la actividad industrial, política, etc., etcétera. Mas no hace falta, á mi entender, para que se emprendan con valor y constancia las reformas indispensables, que hagamos tabla rasa de la tradición, que nos figuremos abstractamente colocados en un mundo nuevo, como si acabáramos de descubrir el suelo que pisamos, ó como si saliéramos del Arca de Noé y toda la tierra no fuera más que el cementerio de toda la historia condenada á universal catástrofe. Estas palingenesias absolutas que decretan escritores y filósofos un poco ligeros, no son más que ilusiones; no hemos de estar creando el mundo todos los días; no hemos de figurarnos

como generaciones que estrenan la civilización y pueden olvidar el pasado. No somos más que un eslabón de una cadena, que no sabemos ni dónde empieza ni dónde acaba. La idea del progreso es salvadora, la idea de la evolución es muy probable y sugestiva; pero, mal entendidos, evolución y progreso engendran un falso concepto de las leyes biológicas, que es preciso rechazar, porque en pedagogía como en todo, dan de sí teorías absurdas de desdén y hasta menosprecio de lo ya vivido, de la historia santa, que es, después del ideal anhelado, lo más poético; y antes de todo, lo más sagrado. Tal vez á los hijos se les quiere más que á los padres; pero la veneración mayor es para éstos, y de éstos vienen las más saludables enseñanzas. La gran experiencia de los siglos nos mira callando, desde los sepulcros. ¿Qué es lo que podemos inventar y preparar para mañana nosotros, generación efímera, comparado con todo lo que nos han hecho saber las penas, los trabajos y también las glorias y las alegrías de los siglos muertos? Y entre estos siglos y entre estas razas de cuya experiencia humana es heredera nuestra precaria sabiduría, hay razas y hay siglos á quien debemos lo más y lo mejor de lo que somos; y contra esos tiempos y contra esos pueblos, sin embargo, se revuelve principalmente el furor de los que quieren acabar con

todo lo que no sea preparación urgente para la carrera de comercio y otras especiales, todas ellas de próximo lucro; porque, M. Frary lo repite, lo primero es hacerse rico.

No creáis que exagero, ni que tergiverso el sentido de las tendencias que combato: si se me pide un resumen rápido de la idea de M. Frary en su célebre apología del utilitarismo en la enseñanza, puedo decir, seguro en mi conciencia de que digo lo que he comprendido: para el discreto cronista político de la revista de madame Adam, la patriota exaltada, para M. Frary, lo que hace falta, si se ha de salvar Francia, y quien dice Francia dirá el mundo, es suprimir la enseñanza del griego y del latín y llenar el hueco principalmente con geografía, no como la estudiaban en aquel colegio que Dickens nos describe al comienzo de su novela *Los tiempos duros,* sino una geografía que viene á ser una especie de enciclopedia fisio-sociológica, en la que entran piedras, plantas y animales, y hasta hombres, pero con exclusión de los pueblos clásicos, ya que éstos no se dejan estudiar con la prisa é inexactitud con que se puede hablar de los esquimales, sin grave perjuicio para los estudiantes. Con toda seriedad, señores, con toda la seriedad que es necesaria en este sitio: yo no veo en el ataque á la *idealidad* y al *humanismo* que caracteriza el libro de Frary, argu-

mento más sólido, ni propósito más fecundo en bienes para la humanidad. No quiere nada con griegos y romanos; admite todos los demás asuntos ordinarios de la enseñanza, aunque con gran cuidado de ir negando importancia á todo lo que pueda recordarnos que no somos meras máquinas de hacer *utilidad*... no para nosotros, sino para la nación, para la patria; y así, por ejemplo, se ensaña en el desprecio de la ética y se burla con un *humor* poco ameno de la psicología... vulgar, esa pobre psicología que en poniéndole un apodo cualquiera se cree autorizado para tenerla en poco; á pesar de que Wundt nada menos, en su gran Psicología fisiológica, se queda muy lejos de abordar la parte de su ciencia que trata directamente las cuestiones en que cabría demostrar, si cabía, que la psicología tradicional, la de la introspección, nada puede decirnos acertado acerca de lo que somos en la conciencia. Muchas atenciones merecen á M. Frary las lenguas modernas, la inglesa, es claro, principalmente, más por un fin de utilidad material, ante todo; así, al recomendar, en cuarto ó quinto término, el español, lo hace, más que por nada, porque los escritores y otros industriales de París tengan en nuestra América española un gran mercado para sus novedades, ya sean pedagógicas, ya mercantiles, ya del orden que se quiera. Y sin

desdeñar la historia, M. Frary llega á la geografía, y allí se encanta, porque para él, que no sabe qué puede importarles á los bolsistas, ni á los cosecheros, ni á los comisionistas lo que pensó Aristóteles, lo que cantó Virgilio, qué fueron Grecia y Roma, estas dos *madres* de nuestro pobre espíritu... vulgar, eso sí, de nuestro espíritu moderno; para él, hasta los bolsistas, los cosecheros y los comisionistas necesitan hacerse cargo de cómo va un mundo formándose y pereciendo, sin sacudidas ni cataclismos, por la labor acumulada del insecto y de la gota de agua. En lo que dice al alma la formación de las dunas, encuentra el escritor francés más enseñanzas y más poesía que en todo lo que pueden decir los clásicos y la vida de romanos y de griegos. M. Frary llega hasta aconsejar á algunos el estudio del annamita, del chino y del japonés; todo antes que latín y griego. ¿Son éstas puras extravagancias? No, todo responde á un sistema; el utilitarismo nacional: es decir, la *colocación* rápida y segura de todos los franceses que no tengan concluída la carrera y asegurado el pan. En suma, monsieur Frary extremando su tesis llega á incurrir en el mismo lamentable error, que dió ocasión en esa Inglaterra tan admirada, á una protesta que publicó la revista *The Nineteenth Century*, y que fueron los primeros á firmar hom-

bres como el citado Freeman, Federico Hárrison y el ilustre Max Müller; protesta en la cual se levanta un grito de indignación contra el mal, tan generalizado en estos últimos años, de mirar la ciencia como un medio de conseguir puestos, de hacer carrera, de lograr con los exámenes adquirir, no sabiduría, sino títulos oficiales para dedicarse á la ganancia. Esto, que no es más, en el vulgo inglés, que una manera natural y lógica de entender el utilitarismo la plebe intelectual y los necesitados, es en resumen, y aunque sea triste decirlo, lo mismo que viene á predicar M. Frary, acaso sin proponerse llegar á tal extremo. Y quien dice el joven escritor francés ¡dice tantos otros!

¡Cuántos en España piensan así, aunque no sean capaces de decirlo en un libro tan hábil como el que combato!

Con tan falso concepto de lo que es la enseñanza y de lo que es la utilidad, no hay más remedio que llegar á tales consecuencias. Mas dejo ahora el tono polémico y aténgome á seguir con mejor orden el hilo de mis propias ideas.

III

Ni la vida es para la utilidad empíricamente considerada, fuera de toda finalidad metafísica, ni la enseñanza es directamente para fin alguno ajeno á ella misma. Así como el arte sólo llega á ser útil á otros fines si primero se le deja ser quien es, sólo arte, así la ciencia sólo da sus frutos de bien individual y social cuando se cultiva ante todo por ella misma.

La influencia beneficiosa del saber en todas las demás esferas legítimas de actividad humana, es infalible, pero no ha de violentarse, no ha de profanarse con exigencias que lo más que pueden conseguir es tomar por ciencia un artificio. Por ser así indirectas estas ventajas reflejas, puede decirse, de la enseñanza, cuando se cultiva por sí misma, es muy atinada la observación de M. Breal cuando dice: «Las cualidades que la enseñanza científica da á una

nación, se sienten más bien que se definen, y más fácilmente se nota su necesidad cuando faltan, que se describen sus ventajas, sin caer en la vulgaridad.»

Pero es el caso que la ciencia considerada así, y la enseñanza vista con tal carácter, exceden del criterio que lógicamente puede adoptar el utilitarismo, porque esto de saber por saber es pura idealidad. Una idealidad que se remonta á los tiempos oscuros de Salomón. Para muchos, las palabras del *Eclesiastés* tienen que ser de pura sabiduría; más aún: para el que en menos las estime, tienen que ser dignas de meditación y revelarle un hondo sentido.

Ya comienza el real predicador desde el capítulo primero persuadiéndonos de la semejanza de las cosas que son y fueron y serán; y aunque al parecer se inspira en lo que hoy se llamaría, con palabra impropia aplicada á este caso, pesimismo, como quiera que este desesperado de las vanidades del mundo no desespera de Dios, y con Dios no hay pesimismo posible, hay que penetrar más y ver que de las palabras famosas del *Eclesiastés* se puede sacar doctrina análoga á la que ya indicaba yo al referirme al modo vulgar de entender el progreso y la evolución. Ni la evolución ni el progreso hay que referirlos al universo, bajo pena de llegar inmediatamente á lo que llama Spencer

un no-pensamiento. La evolución es siempre de algo particular que se considera aparte con abstracción de lo que con ella subsiste; el progreso es siempre relativo á seres determinados. Y á más de esto, hay que tener en cuenta lo que pudiera llamarse la dignidad de cada momento, el valor real del objeto en cada instante de su evolución; de otro modo: que el progreso no es un eterno anhelar, no consiste en considerar lo que atrás queda como puro medio, como escalón para llegar más arriba; que no hay momentos sustanciales y momentos accesorios; que no vamos corriendo por la vida para alcanzar un fin que esté, como una meta, á lo último en un estado ideal, que es pura abstracción así considerado; cada día tiene su ideal, cada hora tiene su ideal; y así lo entienden los santos que en todos los momentos de su vida procuran ser perfectos. Por eso no es melancólica la idea de dar á lo que atrás queda, igual valor, en lo esencial, que á lo que nos aguarda; por eso no debe darnos tristeza que la *Iliada*, después de tantos siglos, no haya sido vencida por ningún poema de los muchos buenos que hicieron más tarde los hombres, como el mismo Frary, buen humanista, confiesa.

«Generación va y generación viene, dice Salomón, mas la tierra siempre permanece.» ¿Y

qué? También se irá la tierra, mas no por eso se acabará el mundo. Amemos la realidad, no amemos el tiempo. Los afanes son por el tiempo, por las mudanzas, por la forma. La serenidad de los dioses nació de su vista de águila, que abarcaba la igualdad fundamental de lo que fué, de lo que es y de lo que será un día. Y tened en cuenta que si no hubo jamás dioses, es decir, dioses falsos, hubo hombres capaces de inventarlos, y de pensar y sentir como debieran pensar ellos; y éste es el modo mejor que cabe de haber existido los dioses. Desde este punto de vista, en las palabras del rey sabio sobre la tristeza brilla la santidad, es decir, la dignidad sagrada de las cosas, y no cabe llamar ya á esto pesimismo. Y en cuanto al valor real de cada momento, á la igualdad de interés é importancia de cada cosa en su género, también en el libro de que hablo encontramos confirmaciones, pues el capítulo III comienza diciendo: «Para todas las cosas hay sazón, y todo debajo del cielo tiene su tiempo; hay tiempo de vivir y tiempo de morir, tiempo de agenciar y tiempo de perder...; tiempo de guardar y tiempo de arrojar; Dios todo lo hizo hermoso *en su tiempo,* y aun el mundo dió en su corazón de manera que no alcance el hombre la obra de Dios desde el principio hasta el cabo. Yo he conocido que no hay nada mejor para los hom-

bres que alegrarse y hacer bien en su vida.» Todo esto que dice el sabio de la Biblia, está preñado de sanos y profundos preceptos pedagógicos, que fácil sería deducir de lo copiado. Fijémonos sólo en esto: el plan del Universo excede de los alcances del hombre; la utilidad definitiva no podemos nosotros decir cuál es; pero alegrémonos y hagamos el bien, que viene á ser lo mismo para el bueno: *obrar bien es lo que importa,* dice nuestro Calderón. ¡Cuán lejos del utilitarismo estamos! Pero en cambio estamos en plena idealidad. Aplicad todo esto á la ciencia y á la enseñanza, y veréis que debemos hacer el bien del saber, que es buscar la verdad, por el bien mismo, por la verdad misma, no con el anhelo y el ansia de sacrificarlo todo al medro, á mejorar de fortuna, porque todo eso es vanidad y nada nuevo en suma; no porque nosotros sepamos cuál es la utilidad definitiva de las cosas, porque esa está en manos de Dios, es decir, excede de nuestro horizonte visible, sino porque la verdad como tal, como bien, como alegría, es lo único que nos toca procurar. Pero hay más: en el capítulo II, Salomón trata directamente nuestro objeto. Él es rey, un rey, como dice él mismo francamente, que ha sabido darse muy buena vida; dudo yo que los comisionistas y literatos de M. Frary que han de llegar á explotar el comercio y la

literatura, respectivamente, de Annam y de la América española, cuando sepan annamita y español, puedan llegar á tener el regalo y el ocio, suprema aspiración de sus estudios, de que disfrutaba el hijo de David. Él nos lo cuenta: se propuso agasajar su carne con vino, y así lo hizo: edificó casas, plantó viñas, hízose huertos y jardines, estanques para regar los bosques; tuvo siervos y siervas, é hijos de familia; vacas y ovejas, plata y oro, cantores y cantoras, instrumentos músicos, todos los deleites; de nada privó á sus ojos, ningún placer negó á su corazón; ¿y qué resultó de todo esto? Que todo era vanidad y aflicción de espíritu, y nada más había debajo del sol. Y sin embargo, era el rey; y como él dice: ¿quién comerá y quién se cuidará mejor que yo? Harto de tanta *utilidad*... inútil, volvióse Salomón á mirar la sabiduría y los desvaríos y la necedad: y he visto, dice, que la sabiduría sobrepuja á la ignorancia como la luz á las tinieblas, porque el sabio tiene sus ojos en su cabeza (es decir, ve por sí mismo, otro gran principio de la enseñanza racional) y el necio anda en tinieblas. Mas no por esto se crea que la sabiduría ha de servirle al sabio para fines de interés material, para pasarlo mejor, para elevarse, en cuanto hombre, sobre las miserias comunes de la vida; el *Eclesiastés* nos lo dice inmediatamente después de

señalar un abismo entre saber y no saber: «Empero también entendí yo que un mismo suceso acaecerá al uno y al otro,» al necio y al sabio. «En los días venideros ni de uno ni de otro habrá memoria.» Es verdad: la gloria tampoco es un fin desinteresado, y está envuelta en la vanidad de todo. «Morirá el sabio como el necio.» Mas todo esto le sirve á Dios para probar al hombre; y más lejos va la prueba, porque el sabio, como criatura mortal, no sólo iguala al ignorante, sino al animal miserable. «Porque el suceso de los hijos de los hombres y el suceso del animal, el mismo es; como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia, porque todo es vanidad. Todo va á un lugar; todo es hecho del polvo y todo se tornará en el mismo polvo. ¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres suba arriba y que el espíritu del animal descienda debajo de la tierra? Así que he visto, concluye el rey, que no hay bien como alegrarse el hombre con lo que hiciere» (1).

No diré, señores, que esta teoría anti-utilitaria, desenvuelta poéticamente por Salomón, sea algo idéntico al *dilettantismo* filosófico, entendido en toda su profundidad, de algunos pensa-

(1) *Eclesiastés.*—Cap. III, versículos 18, 19, 20, 21 y 22.

dores modernos; pero es indudable que, sin violencia, de lo examinado se concluye que la sabiduría que el texto alaba es la desinteresada, la que no sirve para fines extraños á ella misma, ni siquiera para sacarnos de la angustiosa duda de nuestro destino ultratelúrico. Ya lo vísteis; el saber humano ni siquiera puede asegurarnos del vuelo que toma nuestro espíritu al llegar la muerte. Dios nos prueba dejándonos ignorarlo: la ciencia puramente humana en tiempo del *Eclesiastés*, no llegaba hasta saber eso; hoy le pasa lo mismo. Y sin embargo, la ciencia es buena. Todos estos capítulos que he extractado parecen obra, no de mil años anterior á Jesús, ó por lo menos de cien años anterior, según se crea, sino contemporánea nuestra. Ved el sentido que da Taine al espíritu de la especulación en la filosofía del Continente, en oposición al de la filosofía utilitaria en Inglaterra; ved la explicación que da Renan de su *dilettantismo* racional, y hallaréis en el fondo lo mismo que el *Eclesiastés* nos enseña. Repasad el libro que el P. Didon consagra al pueblo alemán; ved lo que dice del fin que persigue la Universidad alemana, en su concepto; ved las rectificaciones de Lavisse (1) al entusiasmo extremado del ilustre dominico; comparad la ten-

(1) LAVISSE. — *Questions d'enseignement national.*— París: 1885.

dencia del criterio que preside á la enseñanza superior de escuelas *especiales separadas* y la tendencia de la enseñanza orgánica de la Universidad alemana, y en todo eso no descubriréis un principio diferente del que puede deducirse del antiquísimo texto oriental: la ciencia no hay que mirarla como un remedio para los males del mundo, no es esclava de nuestras lacerias: la ciencia es buena porque es la verdad, sea la verdad lo que sea.

Mas si los que no admiten que el *Eclesiastés* sea obra de Salomón, como es posible suceda á M. Frary, me dijeran: todo eso no lo escribió el hijo de Bat-Shebá, sino un admirador suyo, que vivió probablemente más de ochocientos años después; un admirador de su sabiduría, de su *hackma*, es decir, de su habilidad política á lo oriental, respondo que, aunque así fuera, aquí podríamos decir lo que antes dije de los dioses, que lo esencial para mi asunto es que haya habido quien pensara así; y resultará siempre, como reconoce el mismo Renan, que «Salomón no hubiera rechazado como ajenas á su idea las elocuentes palabras que el *Eclesiastés* le atribuye *para exponer el vacío absoluto de la vida* cuando se la considera únicamente por el lado *personal*» (1).

(1) Renan.—*Histoire du peuple d'Israel.*—Tomo II: 1889.

No faltará acaso quien encuentre hasta poco serio, por lo menos poco académico, que se empleen tantas páginas en fortificar una doctrina con textos antiquísimos, tratándose de una cuestión de actualidad palpitante, como suele decirse. Para satisfacer á quien muestre escrúpulos de este género, voy á saltar á lo más moderno que cabe, á un libro póstumo del malogrado filósofo francés Guyau, uno de los más ilustres representantes de cierta juventud de ahora que se encamina con mucha ciencia, mucho corazón, mucha sinceridad y mucha prudencia, al descubrimiento de la filosofía nueva, que para muchos ha de ser una metafísica, sin ser una reacción metafísica. De estas pléyades interesantes, que ofrecen en todos sus hombres ciertos caracteres típicos, como son el respeto á la verdad, primero de todo, pero también el amor á lo tradicional, el cultivo del sentimiento, como *dato* para el conocer mismo, el cultivo de la estética y la atenta reflexión de las ideas generales, sin dejar el trabajo asiduo de lo particular, del pormenor interesante (1); de estas pléyades de sabios jóvenes, esperanza de un porvenir mejor que el presente, digo que tenemos ejemplares en España, por fortuna, aunque sólo fuera mi queridísimo condiscípulo el insigne y

(1) Véase *Le Nouveau mysticisme*, por F. PAULHAM.—París: 1891.

admirable Menéndez y Pelayo. Pues bien: este Guyau, que viene á ser un santo de la filosofía, dejó entre sus escritos un libro, titulado: *Educación y herencia* (1), que se publicó el año pasado bajo la inspección de un ilustre maestro del autor, M. Fouillée. Guyau declara que la inspiración en el propósito educativo debe ser, lo mismo que yo he dicho, idealidad, y para él basta con demostrar que un precepto pedagógico obedece al *utilitarismo,* para creerlo condenado. Lo principal en la educación del pensamiento no es, para Guyau, el aprender por saber muchas cosas, por tener datos, y menos por sacar utilidad material, ventajas para el egoísmo, sino el despertar la propia reflexión, la iniciativa de la investigación con un propósito desinteresado (2). Mas ya se verá concretamente la idea de este filósofo respecto al *desinterés* de la instrucción y de la educación, cuando haya que recordar su doctrina en las dos cuestiones particulares que me propongo tratar brevemente en este discurso, después de haber considerado en general esta materia de la tendencia utilitaria en la enseñanza. No citaré por ahora más que algunas palabras suyas: «No hay que reco-

(1) GUYAU.—*Éducation et hérédité.*—París.—2.ª edición: 1890.

(2) M. Paulham estudia esto, en su libro citado, con el nombre de *Cooperación en la enseñanza y educación.*

mendar á los niños el bien moral por la utilidad que reporta, sino por su *belleza*»; es decir, por su elemento ideal, desinteresado. Y en otro pasaje dice (1): «Por conocimientos *de lujo* no entendemos de ningún modo las *altas* verdades y los principios especulativos de las ciencias, las bellezas de la literatura y de las artes; este pretendido *lujo* es cosa necesaria á nuestros ojos, porque es el único medio de elevar *(y educar)* los espíritus; de moralizarlos *por el amor desinteresado de lo verdadero y de lo bello.* Hay, pues, que distinguir en la enseñanza los conocimientos tenidos por no *utilitarios* y los conocimientos *inutilizables;* esta distinción es capital, pues la instrucción debe elevarse muy por encima de lo utilitario, de lo usual, de lo rastrero...»

Y dejándome ahora de autoridades antiguas y modernas, para concluir esta parte general de mi trabajo que sirve de principal y previo argumento para las cuestiones particulares que vienen detrás, voy, en resumen, á combatir de frente, y con la concisión que pueda, la idea capital del utilitarismo pedagógico que se escuda con el amor de la patria.

El utilitarismo nace del egoísmo, y cuando se extiende á todo lo nacional, debe llamarse *egoísmo nacional*, como, en efecto, lo llama

(1) Libro citado, pág. 126.

Ihering, refiriéndose al pueblo romano, á quien compara, desde este punto de vista, con el pueblo inglés. Para Ihering el egoísmo nacional es una gran fuerza, y no tiene el carácter bajo y repugnante del egoísmo individual. No cabe negar que el egoísmo social, sea del grado que sea, no ofrece tan visible ni tan grave corrupción moral como el egoísmo del individuo; pero es porque está mezclado con elementos de los que se llaman ahora *altruístas* ó de abnegación, que pudiéramos decir. No es el egoísmo nacional tolerable por lo que tiene de egoísmo, sino por lo que tiene de sacrificio, cuando lo tiene, á un bien superior de una sociedad, aunque sea limitada. Pero obsérvese que todavía hay grandes males en ese egoísmo social; primeramente tiene la levadura del egoísmo individual que en cierto modo le acompaña: pues ¿por qué *amamos exclusivamente* esta nación y se lo sacrificamos todo? Porque es la nuestra. Yo veo en el bien de mi nación la razón suprema de obrar, porque es la mía; por este lado no tenemos más que el propio egoísmo agrandado. Y muchos así entienden y sienten el patriotismo. Alaban á su país por lo que se les parece, porque en él están los propios intereses y las propias vanidades. Además, la mayor parte de las veces lo que sacrifica el egoísta nacional á su nación, no es lo suyo, sino lo ajeno. Se la quiere grande á

costa de otras naciones, para vivir mejor, para poseer más en la parte alícuota de soberanía y prosperidad pública que á cada cual le corresponda. Cuanto más democrático es un país; cuanto más influye el ciudadano en el Gobierno y más garantías tiene de ser libre y no ser molestado, más patriota se hace; pero suele ser por esto mismo, porque el egoísmo nacional de esta situación exige menos del individuo y le da más. El *civis romanus* defiende en Roma sus derechos políticos y privados, y casi siempre aplica el *egoísmo nacional* á los bárbaros, á los extraños, sacrificándolos efectivamente á la patria. El inglés defiende sus derechos *at home*, como cosa sagrada, y el Estado nacional se guardará muy bien de atacarle en este punto; donde el inglés muestra su gran deseo de engrandecer á su patria á toda costa, es al engrandecerla en otras islas y en los continentes. Pero, aun suponiendo el egoísmo nacional en lo que tiene de más noble, en la parte que exige sacrificio individual al interés común del país, como, v. gr., en ciertos esfuerzos de la educación, que pueden ser penosos, que exigen trabajo, constancia y hasta sacrificios de la sensibilidad; aun aquí, si por un lado debemos alabar lo que hay de sacrificio, por otro tenemos que encontrar deficiente un criterio moral limitado que se detiene antes de llegar al motivo

puro, y que puede verse en oposición con la ley racional, con las exigencias de la naturaleza más nobles y armónicas. Así, por ejemplo, cuando los espartanos se criaban exclusivamente como ciudadanos militares de un pueblo que quería vencer á otros, subsistir como tal, olvidaban muchos sagrados aspectos de la vida, y la Historia se encargó de dar la razón á sus rivales los atenienses. Sí; á la larga, son más grandes y más gloriosos los pueblos que tienen un ideal desinteresado, *humano*, que los que alcanzan por unos pocos siglos, nunca muchos, una hegemonía material, á costa de supeditarlo todo á ese egoísmo de nación que entusiasma á tantos. El pueblo de Israel, sólo por llamarse así, trajo al mundo una misión tan alta, que no cabe otra superior. Del templo de Jehovah no quedó piedra sobre piedra, pero la pasión religiosa de Israel dió la ley al mundo civilizado; y el porvenir ideal es suyo, en cuanto es de sus herederos. Atenas vivió un soplo en la Historia, y el espíritu ateniense es todavía la flor del espíritu humano, y hoy las almas más escogidas, á lo más que aspiran, es á comprender y sentir en toda su pureza el *helenismo* (1). Francia, cuyo patriotismo exaltado no sabe ser egoísta, estuvo á punto de perecer por la locura de su gran re-

(1) Véase Egger.—*La Littérature grecque.—L'hellénisme.*—1890.

volución de aspiraciones universales, de tendencia cosmopolita. Roma é Inglaterra no se comprometen por idealidades. Son más fuertes, pero tienen menos razón. No: no se puede decir primero la patria, después la humanidad, lo último el individuo; en esto no hay orden: si se ha de ser lógico, para que la patria vaya antes que la humanidad, hay que empezar de otra manera: primero yo, después la patria, después lo que queda. Y, en rigor, así hacen ordinariamente los que se crian para *utilitarios nacionales*. Sólo diciendo: primero la idea, Dios, después la humanidad, después la patria, yo lo último, hay autoridad racional para sujetar al egoísmo natural, verdadero, al más terrible, al más cierto, al de la bestia ángel de Pascal. Porque, señores, es muy fácil predicar el odio ó el desprecio, que es peor, de la idealidad; decir, como dice M. Frary, que hoy por hoy no se puede fundar el motivo de la moralidad más que en el hábito, y después proclamar el utilitarismo como regla de conducta, pero advirtiendo que se trata, no de nuestra utilidad personalmente, sino de la utilidad de un grupo étnico, ó de una aglomeración histórica de *gentes* ó de *tribus*. Lo difícil es que la realidad después responda á lo que se exige de los hombres á quien se manda sacrificarse á la nación, no por nada, sino por *hábito*, y esto contradiciendo y ven-

ciendo los instintos propiamente egoístas, que también tienen su valor hereditario. No negaré que sea imprudente la conducta de aquella clase de metafísicos que niegan que la moral pueda ser pura y constante en los hombres que no ven nada por encima de lo relativo; pero es, sin duda, más peligrosa la afirmación rotunda de M. Frary, que, hoy por hoy, no encuentra más fundamento para la moralidad que la fuerza del hábito. El egoísmo también puede presentar un remotísimo abolengo, y si al individuo se le pide que se sacrifique á su pueblo, no por nada, sino por seguir la costumbre, por obedecer á tendencias naturales, cuya razón no puede explicarse, es muy probable que el egoísmo arguya defendiendo su propio arraigo en la triste humanidad, en quien, sin duda, por cada arranque de abnegación se puede registrar mil y más de egoísmo. Mas quiero yo suponer al hombre utilitario completamente abnegado, dispuesto á sacrificarse, sin saber por qué, á su ciudad, es decir, hoy, á su nación, y si se quiere á la humanidad toda, pero siempre con fin utilitario. El bien para el utilitarismo es necesariamente un provecho, una ventaja, un vivir mejor, en el sentido de experimentar más satisfacciones, de cumplir más deseos legítimos; mientras no se admita criterio superior para la conducta que el originado de ese empirismo ético, no cabe pen-

sar que el individuo vea el bien de sus semejantes en cosa diferente de lo que sería bien para él mismo; de otro modo, que los bienes que el individuo ha de procurar á la sociedad sacrificándose, son como los que satisfarían su egoísmo si él pudiera dar á éste lo que le pide. Los seres que han de gozar del fruto de ese sacrificio son como el que se sacrifica, tienen las mismas necesidades y aspiraciones; porque sería absurdo pensar que la persona colectiva, aun dándole todos los caracteres personales que se quiera, goza como tal persona colectiva, satisface deseos que no tienen los individuos que la constituyen. No: la persona social, así considerada, es un mito, un ídolo renovado. Luego nuestro utilitario altruísta tiene que pensar, si no hay más que utilitarismo, en el bien positivo de los demás individuos, que son los que pueden saborear esta clase de bienes. Pues bien; la dicha de los demás, que son como él, no puede consistir en un constante trabajo para adquirir ventajas materiales... para la colectividad... que no puede, como tal, satisfacer necesidades de las que el utilitarismo satisface. El hombre que reflexiona y siente, sea utilitario ó no, tendrá que ver por sí mismo lo que son los demás, y verá que no se trae dicha al mundo por acumular productos y formas sociales que no colman os anhelos del individuo, sino que procuran

ciertas ventajas pasajeras que son para todos, pero que nadie aprecia en mucho, porque no responden á lo que pide principalmente la naturaleza de cada uno. Sabe, el que debe sacrificarse, que ha de morir, y que para él la vida con la idea de la muerte toma perspectivas ideales, que le aislan del mundo, como la niebla forma un círculo de confusión y sombra en torno de cada cual. El mismo progreso general, los adelantos materiales y las formas sociales que los facilitan, tienen, para todo el que no es un necio, un valor relativo, transitorio, por lo que á él propio toca. Se goza de todo, es verdad, y no son los idealistas muchas veces los que menos gozan, como vimos ya en Salomón, pero no se ve en este orden de dicha lo que más importa; y así, hasta las sociedades más sensuales, no siendo miserables é incultas, refinan sus placeres con ciertos condimentos de idealidad, como lo prueba el género de voluptuosidades que gozan las clases más elevadas en los grandes emporios de corrupción y cultura. Pues lo que le sucede al altruísta que nos estamos figurando, sabe él que les sucede á los demás; todos han de morir, todos, como individuos, ven un *gran negocio singular* que á ellos directa, y, por lo pronto, exclusivamente importa; todos los adelantos de la industria, todos los placeres que pueda procurar el comercio, toda

la dicha que cabe apurar en la deliciosa copa... de una buena forma de Gobierno, pongamos por ejemplo, le interesan al individuo, como ser *uno*, *substractum* específico del egoísmo social, mucho menos que el asunto de su propio destino, de su muerte. Y generación va y generación viene, y siempre pasa lo mismo. ¿Quién queda para gozar de veras, sin las congojas de lo deleznable, esa dicha social, nacional, ó como se quiera, que se va formando á costa de los sacrificios de idealidad y de *esteticismo* á que estamos obligados todos por amor á la patria? ¿Quién queda para disfrutar de ferrocarriles, globos, libertad de comercio, crédito moviliario, sufragio verdad y tantas y tantas venturas utilitarias, sin aprensión, sin dudas, sin idealismos, sin sueños de muerte? No queda nadie, no queda nada. ¡Y por este resultado hemos de sacrificarnos! El utilitarismo es, en definitiva, el goce; pero el utilitarismo social, ó aunque fuera cosmopolita, es el goce que exige el sacrificio del individuo para que, en definitiva también, no goce nadie. Sin duda que la persona social es algo más que una suma de sus componentes; pero no hay nada en ella que no sea de la sustancia de los elementos simples que la componen. Así lo ha entendido el cristianismo, que siendo ante todo una gran preocupación individualista, la salvación del alma, ha forma-

do la sociedad más fuerte, como tal, que ha existido en el mundo. La ciudad antigua, que sacrificaba el hombre al pueblo, ha desaparecido; y el cristianismo, que emancipa al hombre, ha llegado á ser un tejido social, cuya resistencia sin semejante es innegable. El utilitarismo, para lograr la dicha material, tangible, por decirlo así, de un ente de razón, en lo que se refiere á *gozar,* mutila al hombre, le roba lo mejor de su herencia, desconoce su naturaleza. Si queréis tener buenos ciudadanos, no volváis á la idea pagana del ciudadano fraccionario; no hagáis del altruísmo una hipocresía, y educad al que ha de servir á la patria, no como un soldado, ni como un industrial, sino, ante todo, como un hombre. Y si amáis la democracia verdadera, no olvidéis que todos los hombres merecen que se les tome por hombres del todo; porque no hay unos que sean cuerpo y otros alma; todos tienen esto que llamamos espíritu; todos tienen facultades que responden á necesidades nobles; y si hay que reconocer que á un Dante, á un Leopardi, á un San Francisco de Asís, á un Beethoven, á un Goethe no se les podría hacer felices sólo con mucha agricultura, mucho comercio y buena administración, debemos ver en cada semejante un espíritu capaz de encaminarse por los mismos senderos de perfección, que elevarían sus gustos, que ennoblecerían

sus anhelos. No seré yo quien diga que se enseñe griego á los capataces de minas, v. gr.; pero sí afirmo que si pudiera llegar á existir una sociedad tan rica, tan adelantada, en que los capataces de minas y todos los hombres de su clase tuvieran tiempo y cultura suficientes para leer con fruto la *Iliada* y la *Odisea* en el original, nada se habría perdido, y no sería contrario al destino racional de esos hombres que emplearan sus ocios en tal género de recreo.

No lo dudemos: el individuo no vive de utilitarismo; el individuo cree, ó padece dudando, ó se desespera y niega, ó niega sin dolor, por enfermedad del espíritu, ó por esfuerzo moral que puede tener su misteriosa grandeza, su idealidad, *negativa*, pero no menos idealidad. Hay que insistir en esto: todos los adelantos modernos; todas las doctrinas sensualistas y positivistas; toda la preponderancia económica, no han hecho del hombre un sér diferente de lo que era: un sér con espíritu racional para quien, satisfechas ciertas elementales necesidades económicas, lo principal es vivir para el alma, de una ó de otra manera. La sociedad no muere, pero su organización está influída en mil respectos por la idea de la muerte. Bien se conoce en todo que es una sociedad de mortales. Y sin embargo, á lo que parece que tiende el utilitarismo es á engañar al mísero mortal hacién-

dole trabajar en una clase de actividad de fines colectivos, si no superiores, extraños á la muerte. Pero ¿quién se deja engañar? Cada cual, pensando en la muerte, da cierto sentido trascendental á la vida. La idea de la muerte, decía yo antes, nos aisla del mundo; sí, del mundo que vemos y tocamos, del que nos rodea, pero nos abre otros horizontes ideales, nos hace dar un valor sustantivo, como simbólico de toda la realidad virtual que no vivimos, á la vida breve de que tenemos conciencia; más ó menos, todos venimos á considerar la existencia *sub specie æternitatis* podría decirse; el creyente no hay que decir por qué; el que no cree en otra vida, porque necesita concentrar en ésta toda la capacidad poética y soñadora, toda la idealidad que su alma alimenta, no se olvide, ni más ni menos que el alma del creyente. Por la muerte la vida es artística, es dramática, es toda una obra de *composición*, á veces complicada sabiamente, como en Goethe. Por la idea de muerte adquieren valor infinitas cosas que no son para alargar la vida. El desinterés, que suaviza el dolor de morir, de la idea de muerte se alimenta. Y ese desinterés, referido á su fundamento, es la idealidad, y esa idealidad, en relación á la belleza es el arte, y en relación al sentimiento de unidad fundamental es la religión, y en relación á la verdad es la ciencia pura, ó por lo menos

la investigación racional desinteresada. ¿Queréis ahora que la sociedad viva conforme á su propio bien? Buscad el cumplimiento del fin racional de sus elementos *humanos;* haced que la sociedad viva principalmente atenta á esa idealidad que hemos visto que para el hombre es lo más interesante y lo más desinteresado. Y como la educación del pensamiento, la enseñanza, es uno de los fines sociales, concluyamos legítimamente que, en el sentido explicado, la instrucción debe inspirarse, en general, no en el utilitarismo, sea individual ó colectivo, sino en la naturaleza humana, según es, para este respecto, el de conocer la verdad; á saber, desinteresada.

Nada menos que todo lo dicho, y acaso más, se necesita, en mi opinión, para llegar, con sólidos fundamentos, á estudiar cualquiera de las múltiples cuestiones que el empirismo moderno gusta de tratar desordenadamente y por ocasión extraña á todo sistema, lo mismo en materias pedagógicas que en otras muchas. Es claro que el criterio señalado ha de influir en la solución de los muchos y graves problemas que abarca esa ciencia pedagógica que hoy sólo fragmentariamente existe; pero yo, en el angustioso término en que debo acabar mi discurso, sólo puedo ya referirme, con suma brevedad, á dos de esos asuntos que la pedagogía inspirada en

la idea pura del saber tiene que mirar y tratar de modo muy diferente del que aconseja el utilitarismo. De todos los problemas pedagógicos de la actualidad, son acaso los más interesantes, los que más preocupan la opinión y los de más trascendencia, en cuanto depende de la indicada diversidad de criterio, el problema de la enseñanza clásica y el problema de la enseñanza religiosa, de la enseñanza religiosa como fundamento racional y *estético* (en el rigoroso sentido de la palabra) de la moralidad de la educación intelectual. Estas dos cuestiones, diferentes por su objeto, nos ofrecen la unidad de relación á la materia que he tratado en general hasta ahora. El mantenimiento y reforma necesaria de la enseñanza clásica responde al criterio pedagógico no utilitario, de idealidad histórica; como la destrucción, que así puede llamarse, de las disciplinas griega y latina, que piden muchos, responde á una lógica consecuencia del utilitarismo en la enseñanza. Y en cuanto á la enseñanza influída por el elemento religioso-ético, directa y orgánicamente, no en abstracta separación, que mutila el espíritu, y seca la fe, y enfría la ciencia, y la reduce á fórmulas abstractas, responde al criterio pedagógico no utilitario de idealidad filosófica y estética, á la idealidad metafísica y de conducta futura, de finalidad y actividad eficaz y fecunda; mientras que

la separación de la enseñanza y de la religión es también, en el *laicismo* utilitario, una consecuencia lógica del criterio general que el utilitarismo aplica á la educación intelectual de los pueblos.

Yo quisiera, señores, aun con lo poquísimo que sé, tener espacio para escribir sendos libros acerca de uno y otro asunto; pero aquí no puedo ni siquiera consagrar á cada uno de ellos las páginas que exigirían las buenas proporciones de mi trabajo. Sin embargo, para la brevedad que en adelante necesito podrá servirme el haberme detenido á considerar en general mi asunto; como sirve, por ejemplo, en un tratado de derecho civil, para abreviar razones en la parte especial, el haberse extendido oportunamente en la investigación de los elementos jurídicos generales.

IV

La flor del clasicismo es, sin duda, el helenismo, pues la obra y el espíritu de los romanos, por lo que á *humanidades* se refiere, no es sino un remedo más ó menos fiel de la obra y del espíritu griegos. Hasta en el derecho, cuando éste va siendo menos original y más *humano*, influye, en lo esencial, el espíritu griego; y si para el arqueólogo jurídico importa hoy más el derecho de piedra, el derecho estricto de las *XII Tablas,* que el derecho que preparó la última trasformación, la justiniana; para la vida social, para la universalización del derecho romano, importa más la última etapa de aquella gran vocación jurídica, la reflexiva, la influida en parte por el pensamiento griego. Sí; en todo lo que toca á *humanidades* el helenismo es la flor del clasicismo. ¿Y qué es el helenismo? Mejor se siente que se dice. Si yo fuera pintor, pretendería figurarlo en un cuadro que repro-

dujera un diálogo de Platón en que Sócrates discurre apaciblemente, rodeado de sus amigos, á orillas de un río famoso, no por su cauce, sino por las ideas y la poesía del país por donde corre. Mientras las aguas risueñas se deslizan murmurando, Sócrates deja correr la vida, meditando desinteresadamente acerca de la naturaleza divina de las ideas: asunto de valor universal que á todos los hombres importa y que no interesa particularmente á ninguno.

«Nosotros, los helenos, dice Esquines en el discurso de la Corona, hemos vivido una vida más que humana y hemos nacido para ser eterno objeto de la admiración de los hombres (1).» Hipócrates atribuye esta superioridad á la influencia benéfica del clima; Aristóteles apoya esta opinión, y Herodoto se cree en el caso de asegurar, bajo testimonios poderosos, que los discursos que atribuye á varios señores persas acerca de la mejor forma de gobierno son auténticos, porque teme que no se crea verosímil que aquellos hijos del Oriente se porten como si fueran helenos; porque para Herodoto son cualidades características de su raza la política, la filosofía y los delicados goces del gusto. Para M. Egger, á quien sigo en todo esto, en el discurso que Tucídides pone en boca de Pericles,

(1) EGGER: libro citado.

en el segundo libro, está la expresión más elocuente de lo que los mismos griegos entendían, en los tiempos mejores, por helenismo. Si durante los días de la decadencia el helenismo se opuso al aticismo, refiriendo esto á la pureza del lenguaje; y si durante la Edad Media fué para los doctores cristianos helenismo sinónimo de paganismo, en tiempos modernos, y fuera de lamentables excepciones, la concordia del cristianismo y del noble espíritu helénico fué definitiva y sincera. En 1872, el ministro de Grecia en Londres, Braïlas Armeni, pronunciaba en griego dos conferencias para expresar, dice M. Egger, con gran elevación de pensamiento y elocuencia, estas dos condiciones del progreso moderno, esta concordia necesaria entre el principio cristiano y las doctrinas liberales de la filosofía antigua; concordia en que se da á Grecia todo su valor en cuanto maestra del espíritu moderno en los dominios de las artes y del ideal. «Preguntar, concluye M. Egger, si el helenismo sigue siendo y será siempre un objeto útil de estudio, si debe conservar su papel en nuestra educación clásica, es preguntar si queremos algún día renegar de nuestra historia y de las tradiciones comunes á todcs los europeos civilizados, borrar el recuerdo de todo lo que Grecia ha hecho por nosotros, directamente ó por conducto de Roma. Semejante

cuestión, ¿no está resuelta en cuanto está planteada?» (1)

No, contesta el utilitarismo por todas partes, mientras que los más sesudos y expertos pedagogos de todos los países cultos contestan: sí, en una y otra nación europea. Votos como el de Renan, como el de Egger, como el de Boissier, como el de tantos y tantos sabios criados en el estudio serio y profundo del clasicismo, no deben contarse, según M. Frary. ¿Qué han de decir los que viven del jugo de la historia clásica? Dejemos, pues, á los literatos y á los filólogos. Vamos á los hombres de Estado, á los sociólogos, á los pedagogos.

Pero antes permítaseme una observación. Si atendemos, en general, á los dos campos en que se divide la opinión, veremos que, por lo común, los que piden la abolición del griego y del latín no saben ni latín ni griego; no han sido educados clásicamente, á lo menos con fruto, y juzgan la cuestión sin conocer uno de sus términos; saben lo que *no es* la enseñanza clásica, pero no saben lo que *es*. A estas gentes es inútil hablarles de las ventajas que el espíritu de cada cual, y por consiguiente el espíritu social, reporta del conocimiento concienzudo de los cálsicos, del hábito de comunicar con aquella civilización antigua. No han expe-

(1) Libro citado, pág. 126.

rimentado esa influencia, no han sentido la transformación del alma al influjo de estos estudios y contemplaciones de lo clásico. Ellos niegan ese poder, niegan ese influjo, porque no han sentido su acción; en rigor no hay argumento que valga para quien juzga desde tal punto de vista. Los del campo contrario, los sabios profesores, los arqueólogos de la literatura, los filólogos, en el lato sentido de la palabra, hablan de lo que saben, reconocen la benéfica influencia del clasicismo porque han pasado por ella, porque le deben lo mejor de su cultura. Cuando Goethe vuelve de Italia, él, que tanto había perfeccionado ya antes su espíritu, todavía trae nuevos veneros de idealidad grande, tesoros de belleza para su alma, toda una vida nueva que le transforma y mejora: es que ha penetrado hasta la medula del genio del clasicismo. ¿Qué hará si un *romancista* ignorante ó un *romántico* sin cultura clásica le niegan las grandezas, el mérito sublime de la nueva vida que trae consigo? Encogerse de hombros. Por lo común no cabe discutir, por esto, porque no hay con quién; no cabe más que hacer lo que se debe, salvar la idealidad histórica salvando la tradición clásica. Verdad es que hay excepciones de lo dicho, y así, por ejemplo, lo es el tantas veces nombrado M. Frary, que, según se ha reconocido por muchos, es un buen humanista. Si lo

será, aunque puede muy bien saber griego, latín, literatura y filosofía griegas y latinas... y no comprender, sin embargo, por qué Goethe cambió tanto en Italia, ni por qué Renan se lamenta de no haber nacido en tiempo de Minerva, ni por qué Otfried Müller se apasiona por la Helade hasta morir víctima de aquel Apolo que lanzaba á lo lejos sus saetas. Mas fuera de esas excepciones, poco numerosas, quien vota en contra del latín y del griego, suelen ser los ayunos de estudios clásicos. ¿Para qué sirve eso? preguntan muchos, los más, todo el vulgo irrespetuoso, que ahora es casi todo el vulgo. ¿Cómo queréis saber para qué, si no sabéis lo que es? En cambio, escuchad á Rollin, escuchad á Michelet, por ejemplo, y veréis cómo persuade su entusiasmo por las letras antiguas y por las lenguas que las expresan. Rollin, el venerable autor del *Traité des Études*, obra que hoy, después de tantos años, cita uno y otro escritor de pedagogía, Rollin demuestra con viva elocuencia el influjo moral de los clásicos en la educación y en la enseñanza; y, hablando para su siglo, parece que habla para el nuestro cuando dice: «El gusto de la verdadera gloria y de la verdadera grandeza se pierde de día en día, y más cada vez. Hombres nuevos, embriagados con su propia fortuna, nos acostumbran á no admirar ni estimar nada más que sus enor-

mes riquezas, á mirar la pobreza y hasta la mediana posición como una vergüenza insoportable...» Rollin aplica el contraveneno de la sencillez y sobriedad de que dan ejemplos los grandes hombres del clasicismo, á esa corrupción que, hoy más que en su tiempo, es la principal laceria de las sociedades adelantadas.

Michelet, el ilustre historiador artista, recordando sus estudios de la Universidad, *nobles estudios*, exclama: «¡Griego, latín! ¡palabras, palabras! ¿Para qué sirve esto? ¡Para qué! Ya lo veis. El talento (*l'esprit*) sostiene el carácter. Estas lenguas son mucho más que lenguas; son los monumentos en que aquellas sociedades han puesto su alma, en lo que tiene de más noble, de más moralizador. El que vive de eso queda ennoblecido. ¡Palabras, sonidos, el vacío! No, realidades. Estas lenguas son almas; cada una es la personalidad de un pueblo. El griego es el Agora, y todo el movimiento de aquellas ciudades se aprende en su lenguaje. El latín es el *atrium* patricio, donde el jurisconsulto da sus *responsa* á los clientes.»

Mas ¿á qué seguir con este género de testimonios? Es necesario, aunque sólo sea por abreviar, huir de las citas vulgares, de los lugares comunes que tantas veces han salidc á luz con motivo de esta cuestión de los estudios clásicos. No hay para qué citar la autoridad de hombres

de Estado, como Gladstone y tantos otros, que comprendieron la necesidad de defender el clasicismo, las humanidades; no hay para qué entonar himnos á las excelencias del genio griego y del genio latino. Vengamos á lo más reciente, y como preliminar é *ilustración* para examinar después, en general, y por propia reflexión, la materia, comenzaré por decir algo de lo que caracteriza en cierto modo la discusión de los estudios clásicos y su situación actual en algunas de las naciones más importantes desde este punto de vista. Mas es claro que en el corto espacio de que dispongo, ni he de recorrer todos los pueblos de civilización adelantada, ni he de referirme á la multitud de fuentes que existen para estudiar el asunto, pues á estas horas forma toda una biblioteca lo que se ha escrito en pro y en contra del griego y del latín, y aun para procurar soluciones medias que concilien las pretensiones radicales. Para mi objeto me bastará escoger, con respecto á cada nación de las que voy á traer á examen, algunos datos importantes, que se distingan por uno ú otro motivo.

Nada quiero deciros, por ejemplo, de los Estados Unidos; aquella nacionalidad, relativamente nueva, tiene un género de vida, un espíritu completo que á los europeos no nos es tan fácil comprender, y sobre todo sentir, como se figu-

ran los que se contentan con leer libros como los de Tocqueville, Bryce y hasta Laboulaye; tal vez para las cuestiones de política formal, de costumbres sociales someramente examinadas, basta ese género de investigación; mas no ciertamente para penetrar más adentro en el alma de un pueblo. Además, para mi objeto no importa detenerse en lo que sea la enseñanza clásica en aquella gran nación que, aunque llevara diferente rumbo del que á nosotros puede convenirnos, pudiera tener motivos especiales, como tiene especial carácter y diferente destino. Y sin embargo, sabido es que en el trabajo de reflexiva y laboriosa asimilación de la cultura europea clásica, la instrucción pública de la poderosa República, tan floreciente y *rica* en todo lo que depende de las atenciones que la nación pueda prestarla, no deja de cuidar los estudios *estéticos*, *retóricos*, de *humanidades,* con particular esmero, como prueban los programas de la enseñanza, los cuadros de asignaturas, los catálogos de libros de texto, etc., etc. Los norteamericanos parece que representan el espíritu positivo, el medro económico, la prosa moderna, el laconismo del negocio; mientras que el pueblo francés parece ser el verbo del tradicional espíritu latino, pueblo retórico por excelencia. Pues bien: vistas las cosas de cerca, y por lo que depende de la instrucción popular, ele-

mental, autores muy respetables nos ofrecen, comparados, un extraño fenómeno que contradice tales apariencias. Miguel Breal, en el excelente libro antes citado, examinando con gran sagacidad los defectos de la enseñanza del idioma nacional en las escuelas, declara que el pueblo francés, el que no llega á la educación de gimnasios y liceos, el que no pasa de la rudimentaria primera enseñanza... no sabe hablar apenas; y lo prueba con el ejemplo de lo que sucede en las reuniones públicas populares, de los socialistas, v. gr., en que son muy pocos los que saben hablar, en que la mayoría lucha con la imposibilidad de comunicar sus ideas y sentimientos. Ese lenguaje popular, desmañado, incongruente, que ha copiado la literatura festiva y hasta se ve en las leyendas de las caricaturas francesas; lenguaje en que junto á las incorrecciones de la jerga vulgar resaltan los graciosos disparates de palabras retumbantes y escogidas de un modo absurdo para significar ideas á que no corresponden, ese lenguaje tiene en parte su causa, para M. Breal, en la descuidada y rutinaria manera de la enseñanza gramatical en las escuelas francesas. En cambio, en esos Estados Unidos, donde no se puede decir que se deba la prosperidad pública al *esteticismo* de la enseñanza, se observa todo lo contrario de lo que lamenta M. Breal en el pueblo que,

no en vano, se cree heredero de griegos y romanos. En un libro interesante y útil que acaba de publicarse, con el título de *La enseñanza en los tres Continentes* (1), su autor, Catton Grasby, dice, hablando de la importancia que en los Estados Unidos se da al estudio del lenguaje en las escuelas, que tales lecciones «son el suplemento de todas las demás, y probablemente el fundamento de la facultad de fácil expresión y corrección en el discurso que se nota entre las masas del pueblo americano.»

¿Nada dice esto en pro de la enseñanza no utilitaria? Sí; primero porque esa atención esmerada á la producción correcta, *bella*, del lenguaje, aun en el pueblo, es una manifestación del perseguido *esteticismo*; y, sin embargo, se ve que es el pueblo rico y positivo por excelencia quien se toma ese trabajo por la *retórica*. Pero hay más; para que la enseñanza popular pueda tener los caracteres y cualidades capaces de producir tales resultados, es necesario que el profesorado popular esté influído por el clasicismo; y así como M. Breal pide con razón que los profesores de las escuelas normales sean miembros de la Facultad de Letras, tengan estudios superiores, se puede decir, en general,

(1) *Teaching in three continents*: *Personal notes on the educational systems of the World*:—*by W. Catton Grasby*; p. 69 (Language Lessons).

que para que llegue á la enseñanza primaria ese benéfico reflejo de las buenas disciplinas, de las humanidades, necesario es que se conserve en los grados superiores de la instrucción el espíritu clásico, la tradición que hace posibles esos buenos frutos.

Mas, volviendo á Europa, antes de deciros algo de las más grandes é importantes naciones, quiero recordar palabras llenas de autoridad con que un griego moderno contesta indirectamente á los que, como Frary, opinan que el estudio de las lenguas clásicas es respetado por los liberales en virtud de una inconsecuencia, tal vez por ley del *misoneísmo* ó aborrecimiento de lo nuevo, que ha estudiado recientemente un fisiólogo ilustre italiano. Si la *cuestión del latín* y del griego estuviera estrechamente ligada al *método* de los jesuítas y á sus propósitos, en gran parte tendría razón Frary; el amor á los clásicos y á sus idiomas significaría una tendencia, por lo menos, estacionaria. Pero nada tiene que ver que se siga estudiando el clasicismo, y cada vez con más esmero, con que se estudie como quieren los jesuítas, y para lo que ellos quieren. Por eso, decía, contestan á semejantes argumentos las palabras que monsieur Guerin copia de una sátira que el griego moderno Alejandro Soutzo dirige al gobierno de Othón y de sus Bávaros: «Tomáos el trabajo de

pensar que cerca de vosotros existe una clase de hombres pequeños por la edad, pero que cada año crecen un dedo, mientras vosotros os vais encorvando hacia la tierra. Esa clase de hombres estudia, medita, reflexiona en los colegios, en las escuelas, en las academias, y no está satisfecha del todo... *Todos leen las vidas de Plutarco,* las *Filípicas de Demóstenes, La República de Platón.* Añadid á esto que la lengua griega está dotada de un singular privilegio: está penetrada por el soplo de la libertad; cada una de las letras que la componen es una bala que silba contra la tiranía.»

Estas palabras, que nos revelan cuál es el espíritu de la Grecia moderna respecto del estudio de las sagradas antigüedades de sus orígenes, no sólo sirven para rechazar la idea de que el clasicismo signifique reacción, aristocracia, Estados sin libertad, etc., etc., sino también para deshacer el argumento de este género que pudiera salirme al paso al tratar ahora del gran defensor de la enseñanza clásica allá en Rusia.

En efecto: el célebre redactor de la *Gaceta de Moscou,* el ilustre Katkof, cuya opinión tanto pesaba en el Gobierno de Rusia, era, como todos saben, el amante por excelencia del espíritu eslavo, el defensor de la Rusia tradicional y de sus grandes destinos; y entre los medios, no todos liberales, con que contaba para sostener

el poder de los Zares, unido, según él y según la mayor parte de los rusos, á la prosperidad del Imperio; entre las armas morales que esperaba que le diesen la grandeza futura de su pueblo, estaba el mantenimiento y auge de la enseñanza clásica. Ayudábale en esta campaña, sostenida en la *Gaceta de Moscou*, Leontief; pero muerto Katkof, sus contrarios, que eran en esta cuestión casi toda la prensa y casi toda la Universidad, renovaron los ataques al clasicismo, y en el Consejo del Emperador, á pesar de los esfuerzos del ministro actual de Instrucción pública, Delianof, defensor ardiente del antiguo sistema, la mayoría de los votos fué para la causa utilitaria, grito de guerra contra el clasicismo. Pero así como Guillermo II, el emperador de Alemania, en recientes y famosas alocuciones condenaba el clasicismo y el predominio de su estudio, con frases y formas que yo no he de juzgar en una solemnidad oficial como ésta, Alejandro III, el Zar de todas las Rusias, siguiendo opuesto camino, acaba de decidir, contra la mayoría de su propio Consejo, el famoso pleito de la instrucción clásica, dando la razón al difunto Katkof y decretando el mantenimiento del sistema actual de enseñanza. Durante la discusión de tal litigio, algunos amigos del célebre publicista reunieron sus escritos acerca de la cuestión, y no ha mucho los publicaron con

el título de *Nuestra reforma de la enseñanza* (1). De un examen que de parte de esta obra publica la *Nouvelle Revue* del 15 de Julio último, haré un ligero extracto, á mi manera, para aprovechar de tal enseñanza lo que me parezca oportuno.

Dice el publicista ruso, que un corresponsal le pide que le convenza de las ventajas del clasicismo con argumento más poderoso, más íntimo que el ejemplo de los países más civilizados. Y con gran profundidad y discreción, Katkof contesta que ni un artículo de periódico, ni siquiera un libro, bastan para crear una convicción interior plenamente razonada; para convencerse de esas ventajas de la enseñanza clásica, hace falta la *experiencia viva*, ó por lo menos el estudio serio y atento de todos los datos del problema pedagógico. La mayor parte de los que afirman, y están dispuestos á jurar, que la tierra gira alrededor del sol, no serían capaces de demostrar la verdad de lo que afirman y jurarían.» Recuérdese que más atrás, por mi propia cuenta, he dicho algo semejante al comenzar esta parte de mi discurso. En efecto, estas ventajas no se demuestran por *a más b*, ni en pocas palabras, y más hay que sentirlas y experimentarlas que otra cosa.

(1) *Nacha Outschebnaia Reforma*, por Miguel Katkof. Moscou: 1891.

Las cuestiones pedagógicas, continúa Katkof, se derivan de las especulaciones más trascendentales. Sí, ciertamente; y por eso, aunque sin la profundidad que el caso requería, he procurado consagrar lo más de este discurso á la cuestión fundamental, general, según yo la entiendo.

Para Katkof es un argumento poderoso el ejemplo de las naciones europeas más adelantadas; si nosotros, viene á decir, humildemente las imitamos en todo lo que se refiere á la cultura; si reconocemos la superioridad de estos maestros que libremente escogemos, ¿por qué no hemos de creer que si la educación clásica llevó á esos pueblos al estado envidiable que nos proponemos por modelo, la educación clásica nos llevará á nosotros á la perfección que buscamos?

Este raciocinio del ilustre escritor ruso tiene mucha fuerza en cualquier parte. Los pueblos más adelantados, los que figuran á la cabeza de la civilización, no son otros que aquellos donde las disciplinas del clasicismo se cultivan con más atención y esmero. Alemania, Inglaterra, Francia, cada una en un respecto, han sido hasta ahora las naciones más fieles á las humanidades: mientras en nuestra España, por ejemplo, olvidando una gloriosa tradición, los estudios de este orden, como todos, andan por el

suelo; porque no cabe negar que la decadencia española donde más se nota, donde más dolorosa aparece, es en cuanto se refiere á la actividad individual, sobre todo en la instrucción pública; digo que mientras esto se observa en España, donde hay literatos distinguidos que tienen á gala no saber griego ni latín, en Francia, en Inglaterra, aun en Italia, en Alemania sobre todo, el siglo XIX ofrece el hermoso espectáculo de una especie de segundo renacimiento de las materias de filología clásica, aunque en estas últimas décadas vuelve á sentirse cierta decadencia, y sobre todo lucha general contra esa inclinación. ¿No tendrá ninguna relación este cultivo esmerado de las letras clásicas con la prosperidad de la vida intelectual, de las letras y las artes en esas naciones privilegiadas? Sin duda alguna. Casi todos los grandes hombres de esas naciones, aquellos, quiero decir, que lo son en las esferas de uno y otro género de *artes liberales*, casi todos han tenido por incentivo de su vocación y por auxilio en sus adelantos una sólida instrucción, basada en las humanidades. De otro modo cabe presentar nuestro argumento. Por lo menos, el clasicismo puede ofrecer como fruto suyo todas las grandezas de nuestra civilización moderna en la esfera intelectual. Que el clasicismo puede dar buenos resultados, nos lo dice la historia, pues

la flor de la cultura europea de él nació. ¿Qué pléyades de ilustres escritores, de estadistas, de filósofos, de artistas, puede ofrecernos el sistema utilitario, *romancista*, enemigo de la tradición griega y latina? ¿Dónde están los grandes filósofos que no pueden ni quieren entender á Platón y Aristóteles? ¿Dónde los grandes jurisconsultos educados á lo Frary, es decir, que hayan podido prescindir, por ignorancia voluntaria, del Derecho romano y de su insustituíble lenguaje? ¿Dónde están los grandes artistas de la palabra, poetas, oradores, críticos, historiadores, etc., que hayan prescindido de Homero, de Virgilio, de Tucídides, de Demóstenes, de Cicerón, etc., etc.? La prueba está por hacer, y por lo menos ha lugar á la desconfianza.

Pero el argumento más poderoso de Katkof para defender su causa es lo que entiende él que constituye el carácter distintivo de la enseñanza europea, y que se llama en lenguaje pedagógico la *concentración*. Cierto es que la segunda enseñanza no aspira á formar sabios, á cultivar especialidades; pero la concentración no es la especialización; en la segunda enseñanza, que atiende á la cultura general, que es una especie de cultivo extensivo del espíritu, hay que considerar también el elemento educativo de la inteligencia misma. Desde el punto de vista instructivo, no cabe duda que la enseñanza de este

grado debe tender en lo posible, y en cuanto no conduzca al exceso que llaman los franceses *le surmenage*, á la universalidad de los conocimientos; pero como la educación intelectual es también objeto principal en esta segunda enseñanza, hay que atender también á esa *concentración* que consiste en el estudio particular, predilecto, constante, de un orden de disciplinas que sean las más útiles para el desenvolvimiento de las facultades intelectuales de los alumnos. Esto es lo que olvida Frary, y lo que olvidan tantos otros que sólo se fijan en la clase y cantidad de conocimientos que se deben adquirir por el estudiante de gimnasios, liceos, institutos, etc. Se ensalza, por ejemplo, la utilidad de la geografía entendida á la moderna, como la entienden los que se inspiran en libros tan notables como el *Cosmos*, de Alejandro Humboldt, en libros como *La Terre*, de Alfredo Maury, y la gran Geografía, la monumental Geografía, de Reclus; pero aun así entendida, ¿sirve la geografía para este fin esencial de la *concentración?* La geografía, cuanto más pintoresca, cuanto más *cosmológica*, y aunque sea antropológica (y no falta quien diga que en esta última tendencia ya no es geografía), será más admirable, más instructiva...; pero es evidente que el papel del alumno es ante ella muy pasivo; no tiene más que contemplar, admirar y re-

cordar; las reflexiones que esta contemplación ideal del mundo puede sugerir, ni son propias de la edad de tales estudiantes, ni serían sistemáticas y concretas, en tal ocasión suscitadas. La lectura de los pedagogos modernos que han tratado este delicado punto de las materias más propias para el fin educativo intelectual de la segunda enseñanza, nos hace ver, y no cito ejemplos, por abreviar, que nadie encuentra con qué sustituir el estudio serio, prolongado, sistemático, de las lenguas clásicas en este fin de acostumbrar la inteligencia al trabajo ordenado, de iniciativa y de discernimiento. Los pedagogos amigos de la enseñanza clásica, buscan ese *sucedáneo* del latín y del griego, y no lo encuentran, aunque buscan con la mayor sinceridad. Los enemigos del clasicismo también indagan... y no encuentran tampoco nada de provecho. Lo que suelen hacer es no cuidarse de este propósito pedagógico de la concentración. No cabe duda, Katkof acierta; sin esa preocupación, sin ese cuidado de ejercitar la inteligencia de los jóvenes en un estudio asiduo, homogéneo y que sugiere y excita ideas y facultades, la segunda enseñanza sólo sirve para empollar eruditos á la violeta... menos que eso, *bachilleres*, en el sentido menos halagüeño de la palabra.

El escritor ruso va pasando revista á varios *sucedáneos* de las humanidades para el fin in-

dicado, y demuestra las deficiencias de todos. Y como Katkof, la mayor parte de los tratadistas han visto lo mismo; y hasta los *enemigos* en este punto suelen confesar su debilidad, ó la dejan ver sin confesarla.

Las ciencias llamadas exactas (con inexactitud, pues se emplea el epíteto con sentido antonomástico, y hasta mejor pudiera decirse exclusivo, y no hay ciencia, verdadera ciencia, que sea menos exacta que otra, porque en lo que no es exacta no es ciencia), se han tenido, por mucho tiempo, por más fecundas de lo que son para el cultivo del espíritu. Educan, es cierto, algunas funciones intelectuales; pero su carácter formal las condena á una especialidad infecunda desde el punto de vista educativo; y aun prescindiendo del ilusorio orgullo que suelen engendrar en los que exclusivamente las cultivan, vienen á ser como una gimnástica parcial, desproporcionada, que perjudica al conjunto del organismo. Las matemáticas son tan necesarias en una buena educación intelectual como insuficientes para lograr el fin de la *concentración,* el desenvolvimiento armónico de todas las facultades intelectuales y la reunión paulatina de un caudal de observación y conocimientos sustanciales, de carácter no abstracto, sino orgánico, humano. Lo que reconoce Katkof en este punto, lo reconocen Breal, Gabelli, Lavisse,

Guerin, todos; y, lo que importa más, lo demuestra la experiencia.

En efecto: en todas partes se ha notado que allí donde se ha dividido la enseñanza y se ha dejado á unos alumnos abandonar los estudios clásicos y á otros seguirlos con seriedad y constancia, se ha repetido el fenómeno de la superioridad demostrada por los humanistas, no sólo en general, sino hasta para los estudios superiores especiales, ajenos ya al clasicismo, que unos y otros cursaban juntos. El mismo Frary confiesa, y lo dice hablando contra el expediente de la *bifurcación*, que cuando los estudiantes se separan, y unos continúan los estudios clásicos y los otros los que preparan á una especialidad, los puestos primeros, los de los más adelantados, son, naturalmente, para los *humanistas*, y la enseñanza *utilitaria*, especial, queda como humillada y con la seguridad de poseer los elementos de menos aptitudes. Confirma esto, respecto de Inglaterra, M. Texte, citando á M. Flitch, quien, en su obra muy notable titulada *Lecturas sobre la enseñanza* (1), nos enseña que los que siguen los estudios clásicos consideran á *los modernos* como inferiores, desde el punto de vista intelectual, y aun socialmente, y miran la escuela de los que pres-

(1) *Lectures on teaching*, delivered in the University of Cambridge in 1880: by J. S. Flitch, M. A.

cinden de las humanidades, estudiadas detenidamente, como un *locus pœnitentiæ*. Así como nosotros tenemos una frase gráfica para distinguir al clérigo que no estudia teología, y le llamamos cura de *misa y olla*, los ingleses designan con las palabras *coaching*, *craming*, la plaga de la preparación urgente, precipitada, incompleta, en que se atiende, no al estudio en sí, sino al resultado, á los exámenes; y el encargado de facilitar el buen éxito en estas pruebas materiales, propiamente anticientíficas, se llama *headmaster*, oficio de miras puramente lucrativas. Hay más; se ha notado también en Inglaterra que los estudiantes que se libran de los clásicos y estudian francés con mayor detenimiento, consagrándole mucho más tiempo que los humanistas... acaban sabiendo menos francés que los buenos latinistas. El fenómeno, repito, es general. Respecto de Francia nos da testimonio de él Boissier (1), quien asegura, con datos, que en la Escuela Politécnica de París los estudiantes que han cursado las humanidades acaban por vencer á los demás, por superarlos en el estudio de las especialidades ajenas al clasicismo. Gabelli, en el libro varias veces citado, para concluir con igual observación respecto de Italia, cita el testimonio de dos sabios que dirigen los estudios de ciertas escuelas

(1) *Revue des deux mondes*.—1.° de Agosto; 1891, p. 601.

de aplicación, análogas á la Politécnica; en efecto, Cremona y Brioschi declaran que los alumnos que vienen de los liceos (donde estudian humanidades) (1), si al principio permanecen inferiores á los de los institutos técnicos, los aventajan después en los años sucesivos. Y es por esto; porque como decía Villari (citado por Franchetti) (2), hablando al Parlamento, el estudio de los clásicos, cuando es como debe ser, no forma sólo literatos, sino el hombre entero.

No, señores; ni las ciencias exactas, ni las naturales, como sería fácil demostrar, si hubiera espacio, ni la historia, con importar mucho, sirven para el efecto que se busca en la concentración; y si no sigo á Katkof en los argumentos con que va haciendo ver esto que afirmo, es en obsequio á la brevedad, no porque dejen de ser dignas de estudio sus luminosas consideraciones.

Pero al ilustre escritor ruso, entusiasta de la enseñanza clásica *europea*, podrían contestarle sus adversarios que en estas mismas grandes naciones que él quiere imitar, las humanidades decaen á la hora presente; que hay corrientes de oposición; que á esas letras clásicas las han amenazado, no sólo escritores como Frary, sino

(1) Uso aquí varias veces la palabra *humanidades* en sentido lato, abarcando también las gramáticas latina y griega.
(2) *Nuova Antologia.*—16 de Settembre, 1891: p. 329.

sabios como Huxley, y ministros como Lockroy, y emperadores como Guillermo II.

Efectivamente: si es verdad que Inglaterra, el país utilitario por excelencia, siempre supo consagrar á griegos y romanos todo el estudio que merecen; si es verdad que era, y es en rigor, un fuerte argumento en pro del clasicismo el decir: «ved esos grandes hombres ingleses, prácticos, *positivos*, representantes los más genuinos de la moderna civilización, cómo, á pesar de todo esto, suelen ser buenos latinistas, serios conocedores de las antigüedades, como, lo es el mismo Gladstone, como lo era el autor de *Endimion* y de *Sibila,*» no es menos cierto que en los últimos tiempos el modo vulgar, pero lógico, de entender el utilitarismo se extiende y gana adeptos en el reino británico, y no son hombres sin talento ni cultura los que se han puesto á la cabeza de tal protesta utilitaria. Aparte de las opiniones de Spencer, tan conocidas y repetidas hasta la saciedad, debemos considerar la iniciativa tomada por Huxley, el sabio célebre, el escritor notable, hace más de veinte años, en un estudio famoso acerca de la educación liberal (1). Según Huxley, que se apoyaba en la autoridad de Mark Patisson, rector de Lincoln College, una pobre Universidad alemana producía en un año más trabajo científico que las

(1) *Lay sermons*, etc.—1870.

grandes instituciones inglesas en diez. Para Huxley la única impresión que dejaba en el ánimo de los estudiantes la enseñanza del latín y del griego era que el pueblo que creía aquellas fábulas de la mitología estaba compuesto de los mayores idiotas del mundo. Aunque, en rigor, la fuerza del ataque de Huxley más va contra el método y las tendencias de la enseñanza clásica, según era y es en Inglaterra, que contra el espíritu mismo del clasicismo, sin embargo, causaron escándalo sus declaraciones al publicarse; mas hoy es la opinión de muchos la de este sabio; y otro no menos ilustre, sir John Lubbock, dió hace pocos años una conferencia, apoyando la campaña de la prensa en favor de una enseñanza que preparase comerciantes ingleses capaces de hacer inútil el concurso de los extranjeros. Esta es la tendencia hoy predominante en aquel país; y advierte M. Texte que la excelencia de los estudios clásicos de los ingleses hay que limitarla á una verdadera aristocracia, que es la que concurre á centros como Eton, Harrow, Rugby. Por confesión del mismo Wiese (1), citado más arriba, para los ingleses no significa la cultura *estética* más que una idea demasiado vaga. Se estudia para tener cantidad determinada de datos, y, generalmen-

(1) *German letters on english education.*—Traducción del alemán.

te, para salir del examen; de esta preocupación antiliteraria y anticientífica no se libran las mismas humanidades...

En cuanto á Italia, Gabelli, partidario de mantener, ó, mejor, de restaurar los estudios clásicos, declara que: «A un vigoroso risorgimento dell'istruzione classica mancano per ora in Italia pur troppo tutte le condizioni» (1). «Falta, dice, el dinero, que se gasta en procurarse antes de tiempo, y en vano, los vistosos efectos últimos de la civilización; falta un Gobierno que sepa oponerse con energía á los innobles intereses contrarios á la verdadera cultura. Una inmensa ola de utilidad material, añade Gabelli, amenaza arrastrar consigo todas las cosas; mas, por lo mismo, los pocos que tienen el derecho de ser creídos deben juntarse alrededor de una institución (la enseñanza clásica) que por fatalidad hoy aparece en pugna con las necesidades del tiempo. A esos pocos toca ser sus custodios, porque ella es de todos los tiempos y conserva *las tradiciones de la idealidad humana.*» Y concluye así el hermoso capítulo consagrado á este asunto: «La antigüedad clásica, con la poesía, con la elocuencia, con el arte, con la filosofía, con la legislación, con la política, es el patrimonio más precioso de todos los pueblos cultos; pero, más que de ninguno, de aquel que

(1) Obra citada, pág. 320.

tiene la honra de ser el más próximo y fiel heredero, y en nombre de esta herencia llevó respetado el centro de su vida á Roma. Ante aquellas sagradas memorias y aquella gloria inmortal se postran alemanes, ingleses, daneses y rusos...; nosotros debemos impedir que lós italianos sean los nuevos bárbaros.»

Como en absoluto me falta espacio para desenvolver esta exposición con las proporciones debidas, aprovecharé la circunstancia de ser todo lo que á Francia se refiere más generalmente conocido, para abstenerme de tratar del estado de la *cuestión del latín* en la República vecina, con la extensión que fuera conveniente (1). A bien que mucho de lo dicho más arriba, á los franceses directamente se refiere. He de fijarme en un aspecto de la cuestión que me sirve para tratar la última materia de este capítulo, de paso que digo algo, poco, de lo que atañe á Francia en tal debate. Si leéis con atención el notable libro de Miguel Breal, á quien varias veces me he referido, notaréis que, si

(1) Por falta de tiempo y de espacio omito la exposición de lo referente al imperio alemán, que merece artículo aparte. En Alemania nació el que puede llamarse segundo Renacimiento del clasicismo, como observa M. Breal en su artículo de *La Revue des deux mondes* (1.° de Junio, 1891), *La tradición del latín en Francia;* y además, en Alemania sigue siendo este estudio, como todos, mirado desinteresadamente, y por su valor intrínseco apreciado.

bien es verdad que ningún país como el francés puede ostentar resultados satisfactorios del sistema tradicional en la enseñanza de los clásicos, pues en este punto los ingleses mismos reconocen la mayor habilidad de sus vecinos, también se puede asegurar que en definitiva no valen tales ventajas los sacrificios que cuestan. En efecto; á mi juicio, la manera como se entiende en la segunda enseñanza francesa el propósito que debe perseguirse en el estudio de las lenguas clásicas, particularmente del latín, y los medios que al efecto se emplean, dan casi casi la razón á los que protestan contra la tradición escolástica que convierte, como con motivo se ha dicho, en un prolijo, fatigoso trabajo de *marquetería,* lo que debiera ser, en nuestro tiempo, racional ejercicio de las más nobles facultades intelectuales de la juventud, y camino para llegar á comprender los monumentos literarios que nos ha legado la antigüedad clásica.

Hay que distinguir, por consiguiente, entre la necesidad de conservar estos estudios y la obstinación de conservarlos sin reformas ni en el fin ni en los medios. Esto último es absurdo; y si se continúa pretendiendo hacer de toda la juventud máquinas de saber escribir correctamente y con elegancia el latín más clásico en prosa y en verso, lo que se conseguirá será apresurar la decadencia, dar armas á los enemigos del

clasicismo y hacer que se vayan pasando á su campo los mismos que reconocen la necesidad de mantener los estudios clásicos.

Sí: el clasicismo es, y será no se sabe hasta cuándo, un factor importantísimo de nuestra cultura; pero según las épocas, así varía el modo de influir este elemento. Para la Edad Media, por ejemplo, el latín continúa siendo un medio útil, y, como observa Breal en el artículo poco ha citado, lo que importaba entonces á la cultura era un instrumento general, universal de comunicación, y además fuentes para el estudio de toda disciplina; el latín era un modo de entenderse, y los clásicos griegos y latinos fuentes de *información,* de conocimientos positivos. Los antiguos escritores, dice el célebre profesor francés, no eran para la Edad Media meros modelos de estilo; lo que les interesaba á ellos era el contenido: así que no se leía sólo á los autores clásicos de pura latinidad, sino á los más recientes; no se estudiaba sólo á Cicerón, Tito Livio, Séneca, Virgilio, Lucano; se estudiaba con más afán á Orosio, Valerio Máximo, San Isidoro, Boecio, los Padres de la Iglesia, y particularmente las traducciones de Aristóteles. A más de esto, el latín que se empleaba era incorrecto, bárbaro; pero era cosa viva y se hablaba así para entenderse. En cierta ocasión, los vecinos de Orleans piden socorros á los de Tolo-

sa; el lenguaje oficial tiene que ser el latín; los notables de Tolosa se reunen, deliberan, y por fin acuerdan que no pueden dar nada; y se explican así: *Non detur aliquid, quia villa non habet de quibus.* Mas, á poco, el Consejo, enterado de los milagros de Juana de Arco, cambia de acuerdo, y dice: *Attentis dictis miraculis succurretur de IIII vel VI cargiis pulveris.*» De este latín, que tenía su razón de ser, se burla el Renacimiento, que llega, por ley natural, al extremo contrario. En esta época el latín y el griego son un general *dilettantismo.* Ya recordaréis que se atribuye al cardenal Bembo cierto menosprecio de las epístolas de San Pablo, por culpa del latín en que había de leerlas: Melanchton llegó á decir que la manera de estudiar la antigüedad de los siglos medios es una peste.—Hoy no podemos ya proseguir, con los jesuítas, en el culto entusiástico del Renacimiento, empeñarnos en remedar el latín clásico, en ser mosaicos semovientes de Cicerón, Virgilio, etc., etc. M. Frary tiene razón, en cierto modo, cuando advierte que la relación de los estudios clásicos á la total cultura hay que representarla por un número quebrado; el clasicismo es el numerador, y no varía, siempre es el mismo, pues es cosa que murió; el denominador es todo lo que hemos aprendido y sentido después de haber pasado griegos y romanos, y

este denominador va siendo mayor cada día; por lo cual el valor del numerador necesariamente disminuye. Cabe objetar que el numerador también aumenta, por aumentar la utilidad de lo clásico según nuestra sociedad se perfecciona, y á medida que descubrimos elementos de la cultura antigua y penetramos mejor su sentido; pero, al fin, es evidente que á la larga el clasicismo tendrá que ir dejando, y más cada vez, que con él compartan otros objetos de estudio la atención del hombre civilizado. Por esto hace falta una sabia economía en el modo de entender el objeto de las humanidades, y, por consecuencia, en el modo de estudiarlas; en este punto yo creo que M. Guerin (1) acierta cuando propone que se cultiven las lenguas clásicas, no con el propósito de hablarlas y escribirlas, sino con el de comprender bien á los autores griegos y latinos.

M. Breal se inclina á esta opinión, y, por lo menos, declara absurdo el sistema de los temas y de la composición mecánica y de los versos latinos obligados. En este punto yo me separo del parecer de Guyau, que recomienda la *confección* (así puede llamarse) de piezas métricas en las clases de segunda enseñanza. Yo creo que la cantidad indispensable de idealidad poética, que todos necesitamos, se puede conseguir

(1) M. Guerin.—*La question du latin*, etc.—París: 1890.

sin alimentar el feo vicio de hacer versos no siendo poeta. Es claro que no se trata aquí de una medida de carácter absoluto; mas, por lo general, no puede convenir que se acostumbren los estudiantes que han de vivir en prosa toda su vida, como M. Jourdain, á considerarse capaces de ser poetas en una lengua muerta. De estos versos latinos hechos sin inspiración, con frases elegantes aprendidas de memoria, con lugares comunes, con giros tomados del Diccionario ó de la lectura directa de los clásicos, como D. Quijote hubiese hecho jaulas y palillos de dientes, de haber tenido tiempo; de estos versos que hacen creer á los míseros pedantes que ellos son capaces de ser poetas de *post liminium,* es decir, en lengua extraña; de estos versos latinos, digo, se puede afirmar lo que hace mucho decía el filólogo Cobet de otros versos, pero éstos griegos, y también de marquetería, de paciencia y vanidad: *carmina grœca, quœ neque grœca sunt, neque carmina.*

Por lo común, ni en verso ni en prosa se debe pretender que sepa escribir y hablar la juventud entera de un país una lengua muerta. Un gran filólogo, un gran conocedor de un idioma clásico y de su literatura, no necesita en nuestros tiempos aspirar á escribir en lengua que no sea la propia. Autores insignes hay que declaran no haber escrito nunca en griego ni en latín, y

son, sin embargo, maestros en esas lenguas y literaturas. En otros tiempos, siendo el latín lenguaje universal literario, era otra cosa. Hoy debemos, en este respecto de escribir en lenguas extrañas que no son la de la cuna, seguir el ejemplo del ruso Turguenef, que no quiso jamás emplear el francés en sus novelas, á pesar de haber llegado á ser un parisién como otro cualquiera. El latín y el griego deben estudiarse racionalmente, no por máquina, y para traducir á los clásicos y penetrar la vida de Grecia y Roma: por lo tanto, deben estudiarse, dice Breal, filosófica é históricamente. Sí: más vale conocer, por ejemplo, las vicisitudes por que pasó la lengua del Lacio, que zurcir en verso y prosa retazos que no se recuerda que son de Cicerón ó de Horacio, pero que lo son efectivamente. Yo sé que entre nosotros hay un profesor de latín, que acaso me escucha, el cual ha escrito un notable libro de gramática latina histórica. Yo le doy la enhorabuena; esa es la tendencia que recomiendan muy ilustres y expertos maestros. ¡Ojalá le consintieran las tristes condiciones de nuestra enseñanza, sacar de su obra, en la cátedra, todo el provecho apetecido! ¡Nuestra enseñanza! ¡Nuestra cuestión del latín! Los españoles hemos resuelto esa cuestión de un modo tan práctico, en verdad, como lamentable. Pero no hablemos de esto.

V

Llego muy tarde, con muy poco tiempo á mi disposición, al último punto que me había propuesto estudiar en este discurso. Y apenas oso desflorar la materia, que es lo único que ya puedo hacer, porque es predilecta para mí, la que considero más grave, más digna de atención y más compleja.

Más bien que detenido examen, que serie de ordenados raciocinios, será lo que diga de la relación religiosa de la enseñanza, manifestación casi dogmática de mi opinión, protesta de mis ideas, de mi sentir, que me obligue en conciencia á desenvolver en otra ocasión más holgada lo que ahora no haré más que anunciar y dejar demostrado.

El utilitarismo, que mata el idealismo en su faz histórica rompiendo los lazos de la civilización actual con el mundo clásico, quiere también matar el idealismo en su respecto primor-

dial, cortando los lazos espirituales que nos unen con la idea y con el amor de lo absoluto.

De tantas y tantas horrorosas *operaciones* quirúrgicas como lleva á cabo la especulación abstracta, falsa, propiamente idolátrica, ninguna tan nociva como esta que divide la realidad y deja de un lado lo que mira á lo temporal y de otro lo que corresponde á las perspectivas de lo absoluto, de lo infinito, de lo eterno. Esta malhadada tendencia abstracta, queriendo ser prudente, queriendo acabar con luchas seculares de los fanatismos, ha inventado el *laicismo* como un terreno neutral; y aunque en muchos casos, en la vida política particularmente, ha evitado graves males esta neutralidad del Estadó; aunque ha sido garantía contra las pretensiones injustas de las sectas, ello es que, mal entendido por los más lo que esta posición imparcial de la vida *civil* significaba, hemos llegado, sin abandonar en idea la religión, á vivir sin religión, á lo menos la mayor parte del tiempo; hemos llegado en la especulación á la incertidumbre respecto de nuestras relaciones con la Divinidad y respecto de la esencia y aun existencia de esta Divinidad; pero en la práctica viven los pueblos más civilizados como si hubiéramos llegado á la certidumbre negativa. Bien se puede decir, aunque sea triste, que gran parte de los hombres más instruídos, más *cultos*, piensan como

escépticos y viven como ateos. El agnosticismo reconoce que puede haber Dios; por boca de uno de sus más ilustres representantes, Spencer, ha llegado á confesar la realidad innegable del Ser Uno, fundamento de todo; y á pesar de esto, á pesar de que el ateísmo declarado, dogmático, es cosa de pocos, no es cosa de ningún gran filósofo moderno, en la duda de unos y en la afirmación de los más, vivimos como si la negación fuera la verdad adquirida. No nace de perversión semejante estado, de perversión moral; nace de esas abstracciones que quitan á la vida ordinaria el jugo místico; y como nosotros, los tristes mortales, vivimos sumidos en lo relativo, en este suelo

De noche rodeado
En sueño y en olvido sepultado,

como dice Fray Luis de León á don Oloarte; como toda nuestra actividad parece *laica,* porque es relativa, resulta ¡funesto resultado! que no entendemos por vida no *laica,* más que las formas de los cultos, las funciones externas de lo eclesiástico, que para los más son *res inter alios acta;* y casi casi viene á suceder que no viven como racionales religiosos más que los buenos sacerdotes y la gente devota de este ó el otro culto: y, sin embargo, lo repito, nuestra filosofía actualmente no se inclina al ateísmo como se

inclinaba, en general, en tiempos no remotos; lo que predomina es la reserva, la prudencia, el criterio *abierto* á todas las posibilidades, y añádase, porque es verdad, una tendencia *estética* y *hereditaria* á desear que la verdad sea afirmativa en el gran problema de lo trascendental. Y á pesar de esto, apenas se vive religiosamente. Empiezan las Constituciones de los Estados, allí donde no siguen cometiendo la injusticia de establecer la ley de las castas para las creencias, empiezan por acorralar—esta es la palabra—á la religión, en sus cultos, en su hermosa vida plástica, simbólica; y á las antiguas teorías, hecatombes, sacrificios en lo alto de las montañas, misterios en los bosques y procesiones y predicaciones en las calles, en los campos, al aire libre, cara á cara con el cielo, suceden las precauciones reglamentarias, policiacas, las medidas de buen gobierno para aislar los cultos como si fueran focos epidémicos, para encerrarlos entre cuatro paredes, para arrinconarlos, como se arrinconan ciertas flaquezas humanas. Por ir de prisa, refiramos esto á la enseñanza, y se verá que la abstracción de que hablo ha inventado, con apariencias de equidad y liberalismo, el mayor daño posible para la educación armónica, propiamente humana; la separación, así, separación de la enseñanza religiosa y de las demás enseñanzas que no sé cómo llamar-

las, así separadas, como no las llame irreligiosas. Porque téngase en cuenta que en este punto el abstenerse es negar; quien no está con Dios, está sin Dios; la enseñanza que no es deísta, es atea. Un ilustre profesor y filósofo español, dignísimo profesor mío, en un discurso célebre, que oían señoras, creía ser muy imparcial diciendo que como él, en conciencia, no sabía si en el mundo de lo trascendental existía un principio, la unidad divina, en suma, se abstenía de aconsejar á los suyos ni la creencia ni el descreimiento; y en consecuencia, los educaba sin prejuzgar esta cuestión. Pues yo digo, señores, con el grandísimo respeto que me merece la persona á quien aludo, que la cuestión queda prejuzgada, porque los hijos que se educan en la duda de Dios, se educan como si no le hubiera; y más diré, que si no lo hubiera, no está muy claro que fuera muy perjudicial para la buena educación portarse como si le hubiese; mientras que si hay Dios, el prescindir de la Divinidad no puede menos de ser funesto.

Yo doy á las circunstancias históricas en este asunto, como en todos, lo que es suyo. En tal país podrá ser necesario conservar la enseñanza religiosa de un culto determinado, en las escuelas públicas, por ser exigencia racional del pueblo; en otros países son oportunos los expedientes que se usan de la previa declaración

confesional de los padres de familia; en alguna parte habrá que temer la competencia de un sacerdocio exclusivista y que lleva miras extrañas á la pura fe; mas nada de esto quita que, en general, la tendencia racional en ese punto tenga que ser la armónica de la educación inspirada, en cierto respecto, en el sentimiento religioso. Dejar para el domicilio la enseñanza religiosa y en la escuela no encontrar más que doctrinas en que se mutile la realidad de la vida humana, haciendo abstracción de toda idealidad piadosa, es desconocer el principio fundamental de la educación intelectual y de sus relaciones con la educación ética y estética.

Como por lo mucho que importa terminar pronto este discurso, no me queda espacio para referirme á los autores que hablan de estos asuntos, ni para digresiones históricas, ni para cuestiones particulares dentro de esta cuestión general, me contentaré con citar una autoridad nada sospechosa de fanatismo religioso, la del malogrado Guyau, que en el libro de que hablé antes (1) trata con gran profundidad y criterio muy elevado este difícil problema del modo del elemento religioso en la enseñanza pública. Recuérdese que Guyau es autor de la obra titulada: *Irreligión del porvenir*. Pues con todo, él

(1) *Éducation et hérédité*' pág. 136.

es quien dice: «Creemos que el hombre, cualquiera que sea su clase ó su raza, *filosofará* siempre acerca del mundo y de la gran sociedad cósmica. Lo hará, ya con profundidad, ya con inocente sencillez, según su instrucción y las tendencias individuales de su espíritu. Siendo así, no podemos admitir que se deba declarar la guerra á las religiones en la enseñanza, porque tienen su utilidad moral en el estado actual del espíritu humano. Constituyen uno de los elementos que impiden la disgregación del edificio social, y no hay que descuidar nada que sea una fuerza de unión, sobre todo dada la tendencia individualista y anárquica de nuestros demócratas. Las escuelas públicas, en Francia, no pueden ser *confesionales;* pero una doctrina filosófica, tal como el amplioteísmo enseñado en nuestras escuelas, no es una confesión ni es un dogma: es la exposición de la opinión filosófica conforme á las tradiciones de la mayoría. *El ateísmo*, por otra parte, no es un dogma, ni una confesión que pueda tener el derecho de excluir toda opinión contraria como un atentado á la libertad de conciencia... El fanatismo antireligioso ofrece graves peligros.»

He copiado tan larga cita, más que por nada, para que se vea cómo se puede ser completamente independiente en la propia razón, y, sin embargo, reconocer que la separación de la en-

señanza religiosa... y las demás, no es, en definitiva, la solución del problema, sino un paliativo cuya justicia á veces será evidente, pero que pide ser reemplazado por una armónica forma que respete la santa unidad del alma humana y la imagen, también sagrada, que el alma lleva en sí, para vivir sin enloquecer ó desesperarse, ó hundirse en el marasmo, de la unidad y del orden del mundo. Dejad que el hombre adulto vea después lo que hay de este orden, de esta unidad; pero no planteéis el problema en la enseñanza mientras ésta conserve propósito educativo.



Y concluyo, señores. Dejo sin tratar, sobre todo en este último capítulo, multitud de aspectos de las respectivas cuestiones; sé cuán incompleto es mi trabajo, no ya sólo por mi corto saber, sino por las muchas lagunas que, aun pudiendo llenarlas, he tenido que dejar en mi discurso por motivos extraños al plan del mismo. A lo que me obligan tales deficiencias es á insistir en el examen de tan importantes problemas, buscando para ello ocasiones de más holgura que la presenta, y prometiéndome que este ensayo me sirva de prólogo para otros sucesivos.

Y, así como yo me propongo consagrar parte

de mis estudios y de mi tiempo á estas materias pedagógicas, os invito á vosotros, mis queridos compañeros, á que sigáis haciendo ó comencéis á hacer lo mismo.

Volver los ojos á la juventud, cuidar de su educación, es un consuelo y una esperanza, sobre todo en esta España que tuvo días de gloria y de fuerza universalmente reconocidas, y que hoy, angustiada por la idea de su propia decadencia, se entrega al marasmo y acaso al pesimismo. No, no desesperemos; los pueblos no deben creerse viejos; no deben contar sus años, aunque deben amar su historia; no está probado que no sea posible una resurrección: mas, para que la triste realidad no haga absurda toda ilusión halagüeña, miremos al porvenir, trabajemos, mediante una educación racional, sistemática, que sea en nosotros un constante sacrificio, una virtud; trabajemos en la dirección de las generaciones nuevas, ya que no sea posible encontrar manera de hacer mejores á los hombres que hoy tienen la responsabilidad de la suerte de la patria. Cuando un incendio devora nuestra hacienda, un campo, una casa, si advertimos que es imposible librar de las llamas cierta parte de nuestros bienes, acudimos, abandonándola, á salvar lo más lejano, aislando el fuego, cortando el paso á la hoguera. Espíritus nobles y fuertes, desesperados por lo que

toca al destino de su generación, en vez de entregarse á vanas declamaciones, trabajan por acortar el paso á la corrupción y decadencia presentes, y atiende á la juventud para salvarla del contagio, para crearle nuevas y más sanas condiciones de vida. Imitemos á estos dignos maestros.

Recordando las grandezas de la España que fué, trabajemos por las posibles grandezas de la España del porveuir. Observa un publicista ruso que desde los tiempos de Pedro el Grande y de Catalina, el imperio moscovita se preparó, como en profecía, para dar digno albergue á las grandezas futuras, construyendo soberbios monumentos, proporcionados á los esplendores de la gran prosperidad que, según su fe patriótica, aguardaba á Rusia. Pues nosotros, que no necesitamos soñar, sino recordar, para que surjan grandezas y esplendores de España, construyamos, no Escoriales, alcázares y basílicas, que ya tenemos, sino el edificio espiritual de la futura España regenerada, resucitada, mediante una educación y una enseñanza inspiradas en el ideal más alto, pero llenas de la vida moderna. Tamaño trabajo, arduo sin duda, es para nosótros de pura abnegación; los que á él se consagren no esperen recompensas exteriores, halagos del mundo y de la vanagloria; no esperen tampoco vivir para el tiempo en que den

fruto sus esfuerzos de ahora. Tengamos caridad; vivamos y trabajemos para el porvenir que no hemos de ver, y seamos como aquellos ancianos de que nos habla Cicerón en su tratado *De Senectute:... Sed iidem in eis elaborant, quæ sciunt nihil ad se omnino pertinere.*

He dicho.

SU ÚNICO HIJO

Valienti escarmientum llevasti,
chascumque pesadum,
(El Padre Cobos, 1855.)

¡Valiente chasco me ha dado Leopoldo Alas (*Clarín*) con la novela *¡Su único hijo!* Es decir, el chasco no me le ha dado *Clarín* (¿qué culpa tiene él de eso?): me lo he proporcionado yo á mí mismo leyendo atentamente y muy despacio el nuevo libro del autor de *La Regenta.*

Observen ustedes que he dicho: ¡valiente chasco! y no chasco pesado—ó *chascumque pesadum,* como decía, hace ya cerca de ocho lustros, el inolvidable *Padre Cobos.*—La verdad es que ni la lectura del libro me ha parecido pesada, ni me pesa del chasco...; pero que me lo he llevado, y de los buenos, es exacto de todo en todo.

Ha dado *Clarín* en decirme, cuando la ocasión se le presenta que soy excesivamente benévolo; que me parece bien todo lo que leo; que me paso la vida elogiándole, y otras cosas por el estilo. Yo que, como uno de los personajes de Bretón de los Herreros, *tengo acá mi valor*, aunque no sea el del martirio, se las tenía juradas á mi antiguo compañero de redacción en *El Solfeo* y en otras tragedias, y había adoptado el firme propósito de que, al publicarse un libro de *Clarín*, me las pagase éste todas juntas.

De que el libro había de ser bueno, estaba yo seguro, y acerca de este particular no se lisonjeaba mi deseo de venganza; pero decía yo para mi sayo: «Por bueno que este libro sea, algo malo tendrá; y si me propongo encontrarlo y con detenimiento lo busco,

está claro que daré con ello, y entonces, una vez realizado este maquiavélico plan, pegaré á *Clarín un palo*, haciéndole comprender que se lo pego para que vea cómo no soy benévolo sistemáticamente, y cómo no me paso la vida elogiándolo.»

Pues bien; llegó á mis manos *Su único hijo*, me apoderé del libro con ansia, como se arroja sobre su presa una fiera hambrienta—yo no lo he visto, pero me figuro cómo lo hará,—devoré aquellas páginas; llegué á la última, y al cerrar el tomo, me encontré con la novedad de que mis pesquisas habían sido infructuosas. No me desanimó este fracaso: comprendí que la obra me había interesado; que, embebecido yo al seguir el desarrollo de la acción, sencilla en sí misma, pero amenizada por varios incidentes, no había fijado mi atención de crítico implacable y de juez severo en los defectos graves que el cuadro tenía indudablemente; comencé, pues la segunda lectura, y bien sabe Dios que llevé á cabo con toda escrupulosidad el registro: por segunda vez me hallé chasqueado. Poco malo podía yo decir, en justicia y en verdad, de *Su único hijo*; pero en verdad y en justicia, sí podía y debía decir mucho bueno. Renuncié, pues, sin gran dolor, lo declaro francamente, á mis propósitos de venganza, y aplacé para mejor ocasión lo de *pegar el palo á Clarín*, que si no quiere que yo le elogie, ha de principiar él por no escribir libros tan bien concebidos y tan admirablemente pensados como *Su único hijo.*

En medio del desencanto que en mi ánimo produce esto de no saborear la venganza, ese manjar de los dioses, como alguien la ha llamado (no recuerdo quién), siento allá, en los repliegues más ocultos de la capa en que se oculta mi amor propio, la satisfacción del que ve realizadas punto por punto sus profecías, á despecho del adagio que dice: «Nadie es profeta en su tierra.» Hace ya muy cerca de diecisiete años, cuando *Clarín* comenzaba á darse á conocer, hablábase en un círculo semipolítico, semiliterario, de los escritores que *se iban* y de los que *venían* para sustituirlos. No faltaban allí ¿cómo habían de faltar? *laudatores temporis acti*, para quienes todos los que habían desaparecido ya, eran poco menos que genios, y todos los que entonces nacían á la vida pública, poco

menos que mentecatos. Negué en absoluto exactitud á tan absurda aseveración, pues no he sido nunca de aquellos para los que

cualquiera tiempo pasado
fué mejor;

nombré, para vigorizar mi negativa, á Luis Taboada, Armando Palacio Valdés, Ricardo Becerro de Bengoa, Eusebio Sierra, Segovia Rocaberti, Sánchez Ramón y algunos otros escritores, noveles por aquel entonces, y que prometían ya lo que después han cumplido con creces; mencioné entre ellos á *Clarín*, de cuyo lenguaje y de cuyo estilo comenzaron casi todos los presentes á decir horrores; yo les dejé decir cuanto se les ocurrió, y respondí solamente que aquel escritor primerizo, como tal inexperto, no formado aún, y por consiguiente sin estilo, valía más que todos nosotros, y que muy pocos años después sería uno de los primeros literatos de España. El recordar esto me produce contentamiento que debe de parecerse al que produce á los militares viejos hablar de las *funciones de guerra* en que tomaron parte y de las heridas que recibieron y de las cicatrices que llevan: en mis historias no hay heridas ni cicatrices; pero sí hay batallas, y triunfos y derrotas, y glorias y fatigas, más, más de éstas que de aquéllas, y las recuerdo con gusto.

Clarín es hoy lo que sabía yo que había de ser, y un poco más aún; porque yo no adiviné, ni era fácil que adivinase, sus excepcionales dotes de novelista, que acaso él mismo desconocía hasta hace pocos años.

Su único hijo, más que obra de entretenimiento, es un libro de estudio; pero libro admirable, labor de maestro.

La novela, por lo que de su lectura se desprende, y por lo que á la terminación se vislumbra, es solamente un fragmento de no sé qué grandioso edificio que *Clarín* está levantando ó acaso tiene ya levantado en su fantasía. ¿Terminará la obra? ¿La dejará incompleta?... Muy de veras sentiría que *Clarín* se enojase conmigo, porque me inclino á creer lo segundo...; y será lástima que acierte, porque el cuadro es hermoso, el lienzo grande, y las figuras que hasta ahora nos ha

presentado el autor, maravillosamente dibujadas, y prodigios de colorido y de movimiento: la *tiple*, el *tenor*, el *barítono*, son tres retratos de tamaño natural que honrarían al retratista más hábil; aquel tenor Mochi, mezcla de rufián y de caballero de industria, es de lo más acabado que he visto en la literatura novelesca; aquel barítono, buen mozo y mal hombre, seductor de guardarropía, sin noción del decoro ni sombra de vergüenza, puede colocarse—y no desmerecerá ciertamente—al lado de las mejores concepciones que tanta y tan merecida fama han dado á Daudet. Pero las mejores figuras del cuadro, las que me parecen más originales y con más novedad presentadas, son las de Emma y su marido; aquellos dos personajes son, por sí solos, dos estudios completos; es muy difícil hacer algo igual: me parece imposible hacer nada mejor... Pero voy á meterme en honduras, y, por ahora, no se trata de eso; quizá, sin tengo mimbres y tiempo, diga yo alguna vez lo que pienso de *Su único hijo*; por hoy solamente quería decir á su autor que tenía intención (y persevero en ella) de pegarle un palo para que dejase él de llamarle *Pangloss*; pero que no me ha sido posible dársele por ahora, y que si él continúa escribiendo, y es muy capaz de continuar, obras como *Su único hijo*, sospecho que no podré pegárselo nunca, y que diga lo que quiera de su admirador y amigo

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

(*Madrid Cómico*, 22 de Agosto de 1891.)



OBRA NUEVA

SOLOS

DE

CLARÍN

POR

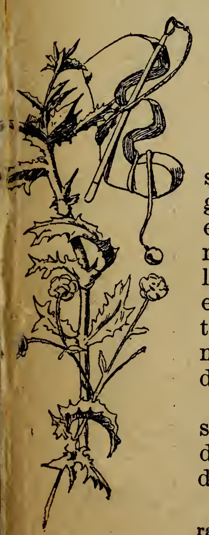
Leopoldo Alas

CON UN PRÓLOGO DE DON JOSÉ ECHEGARAY
DIBUJOS DE ÁNGEL PONS

CUARTA EDICIÓN

Un volumen de 395 páginas en papel satinado, impreso por Rubiños, con fotograbados hechos en París por la casa Verdoux, Ducourtioux y Huillard: **4 pesetas.**

Prefacio á manera de sinfonía. (1)



ALCESTES

He madame l'on loue aujourd'hui tout le monde,
Et le siècle par-là n'a rien qu'on ne confonde;
Tout est d'un grand mérite également doué;
Ce n'est plus un honneur que de ce voir loué:
D'éloges on regorge, á la tête on les jette,
Et mon valet de chambre est mis dans la gazette.

MOLIÈRE.

(*Le Misanthrope.*—Acto segundo, escena VII.)

STE libro no viene á llenar ningún vacio, ni es indispensable en la biblioteca de todo hombre medianamente instruido; tengo la profunda convicción de que el mundo seguiría dando vueltas y Pina Domínguez dando comedias, aunque esta colección de artículos no se publicara.

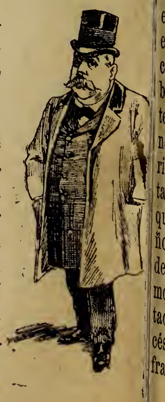
No con el fin de reformar la sociedad, ni siquiera con el fin de reformar los versos de Grilo, doy á la estampa, como se dice,

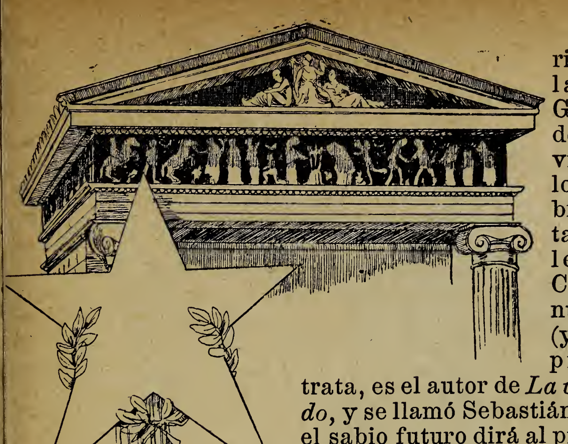
(1) Escrito por el autor para la primera edición de este libro.



este librejo: muéveme sólo el propósito honrado, y sano como una manzana, de recabar de mi editor algunas pesetas, no tantas como la loca fantasía pudiera ofrecer al deseo. No es esto hacer alarde de un positivismo que, según el Sr. Perier, todo lo va corrompiendo; yo no estoy corrompido, ni vaya á creer el señor Perier que serán torres y montones las pesetas que me dé el editor. Convencidos este señor y yo de que mi libro no vale cosa, y de que lo que poco vale poco cuesta, hemos señalado á los arranques de mi romántico humorismo un precio al alcance de todas las fortunas. Yo hubiera deseado que con el librito se repartiera á los compradores un décimo de la lotería de El Pardo; pero esto no era económico ni moral, y hubo que renunciar á tal incentivo, que espero aprovechar en mejor ocasión. Por ahora no puedo ofrecer más regalo á mis lectores que el de la sabrosa murmuración, tan de su gusto y del mío, á fuer de españoles.

Obsérvese que no tengo inconveniente en hablar de la rifa de El Pardo, de Pina Domínguez y de otras cosas y personas efímeras, de poco momento, renunciando de este modo á la inmortalidad. No quiero adelantarme á mi siglo por no dar celos á la patrona, á quien no adelanto nada, y así, humildemente barajo estas páginas de nombres de autores, que son como las rosas en lo de vivir *l'espace d'un matin*. Escritos muchos de los artículos que siguen á guisa de crónica literaria, háblase en ello de lo que tuvo pasajero interés; aluden á veces á lo que ya no existe ó pasará pronto; de suerte que si de hoy en cien años algún anticuario bibliómano de los que se empeñan en dar importancia á lo que no la tiene, tropezase con un ejemplar de esta obrita, para entender cuatro palabras de ella necesitaría más apostillas y comentarios que llevan las obras de Aristófanes ó de Luciano. Y como yo no estoy dispuesto á borrar nada de lo escrito ni á escribir glosas que ilustren la mate-





ria, buena se la mando al Guerra y Orbe del siglo que viene. Ya me lo figuro escribiendo una nota que dice á la letra: «Este Cano, á quien nuestro autor (yo) tan despiadadamente trata, es el autor de *La vuelta al mundo*, y se llamó Sebastián.» Y después el sabio futuro dirá al pie de otro pasaje: «Este Blasco, de quien dice el crítico mordaz que no inventó la pólvora, inventó otras muchas cosas, entre ellas una máquina de locomoción marítima que se creyó mucho tiempo ser la del vapor. Su nombre completo es Blasco de Garay.» Y más adelante: «Este Velarde podría ser todo lo adocenado que el censor quiera, si se le mira como poeta; pero en cambio murió como un héroe en defensa de la patria: Daoiz y Velarde son los mártires de nuestra Independencia.»

Diga lo que quiera el erudito del siglo futuro, yo no soy responsable de sus equivocaciones ni del pésimo gusto que suele llevar á esta clase de sabios á gastar todo el calor natural ocupándose con libros insignificantes que sólo tienen el mérito de ser raros, gracias á lo muy desarrollado que está el comercio al por menor. Escribo sin pensar en las generaciones venideras; escribo para mis contemporáneos, y escribo... con algunos galicismos. No porque yo los busque de intento, haciendo alarde de un cosmopolismo gramatical que no entra en mis principios. Los galicismos y demás barbarismos que tengan su madriguera en este libro, son involuntarios, y yo los retiro desde luego, señores académicos, porque mi ánimo no es ofender á nadie, y á la Gramática española mucho menos. Pero sírvame de disculpa esta consideración muy atendible: ahora los muchachos españoles somos como la isla de Santo Domingo en tiempo de Iriarte: mitad franceses, mitad españoles; nos educamos mitad en francés, mitad en español, y nos instruímos completamente en francés. La cultura moderna, que es la que con muy buen



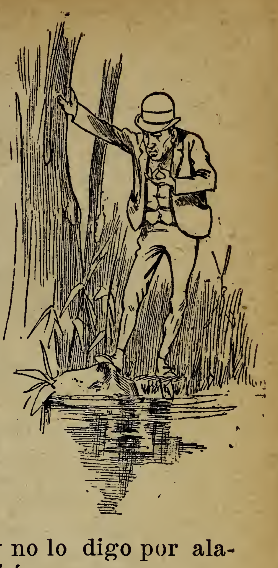
acuerdo procuramos adquirir, aún no está traducida al castellano; y mientras los señores puristas sigan escribiendo en estilo clásico ideas arcaicas, la juventud seguirá siendo afrancesada en literatura. Traducid al lenguaje del siglo XVI las ideas del siglo XIX, y seremos puristas. En tanto, pues hay que escoger entre el espíritu y la letra, nos quedamos con el espíritu.

Sin embargo, no hay que exagerar: aunque la modestia me obliga á decir que no soy tan castizo como me estuviera bien, no se vaya á creer que soy un folletín de *La Correspondencia,* ni un D. Pompeyo Gener que, huyendo de los galicismos, escribe en francés.

Algo se ha leído, como dijo el otro, y no son tantos mis galicismos que el día de mañana no se me pueda hacer académico, siempre y cuando que yo me haga carlista. Pasando ahora á otro orden de consideraciones—esto es español, aunque malo,—voy á exponer á ustedes el concepto y plan de mi libro, como decían los krausistas, mis amigos, cuando otro gallo les cantaba.

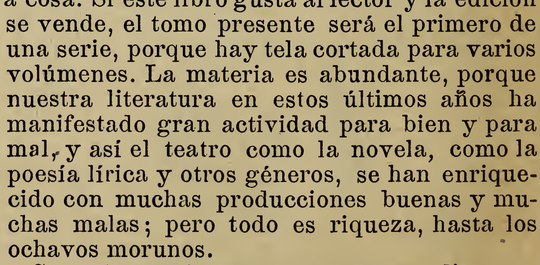
Mi libro es una especie de Cronicón literario—(no confundirlo con el de Huelin, que es científico y está protegido por el Estado)—en el que se pasa revista *au jour le jour*, que diría D. Pompeyo, á cuantas obras produjo el nacional ingenio en estos últimos años, siempre y cuando que estas obras se hayan señalado por lo buenas ó por lo malas. Fuera de broma,

este librito puede ser útil para los extranjeros, y aun para los indígenas que quieran estudiar el estado presente de nuestra literatura. Aquí verán ustedes una imparcialidad á prueba de *bombo;* á nadie se adula ni se le quitan motas; y en cambio á cuantos poetas chirles Dios crió, y crió muchos—El, en su alta sabiduría, sabrá por qué,—se les dice cuántas son cinco, y otra porción de verdades matemáticas.



Un libro de crítica que tiene este mérito, vale un Perú, aunque no lo cuesta. En Madrid, la sociedad de los literatos no debiera llamarse república de las letras, sino «La Unión,» sociedad de seguros mutuos contra críticos: aquí todos somos eminentes, y la gramática no parece.

Oponerse á esta corriente de benevolencia universal es un acto de valor—y no lo digo por alabarme—tan grande como el de aquel héroe romano—creo que era romano—el cual se puso en mitad de un puente para contener él solo á todo un ejército. Yo no estoy solo: algunos buenos amigos me ayudan en la tarea de llamar gato al gato; pero aún somos muy pocos en comparación de la falange de críticos y gacetilleros que descubren todos los días un genio al volver de una esquina ó de un



Ateneo. Creer que se va á dominar la influencia de esos seráficos gacetilleros y críticos, sería una ilusión pueril, extraña en quien lleva cinco ó seis años de rudo batallar contra el parche; hasta ahora el bombo ha apagado la voz de mi ronco clarín, y es de esperar que en adelante suceda lo mismo; pero yo, mientras pueda, seguiré sopla que soplarás, hasta perder el último aliento,

> «Como en su cuerno de marfil Rolando
> gastó la fuerza hasta acabar la vida;

según dijeron Michelet y Campoamor.

Hay quien opina que todo esto de creer que Cano no es un genio, ni Velarde un prodigio, ni medio, no es más que prurito de notoriedad, afan de distinguirse. Plugiera á Dios que estos y otros autores fueran más poetas que el mismísimo Apolo; pero como no lo son, y como yo no lo puedo remediar, me resigno á que muchos ilustres gacetilleros, optimistas con veinte duros al mes, vivan persuadidos de que yo quiero singularizarme. Muchas veces el afán de singularizarse es el instinto de conservación del buen sentido, ha dicho un autor, que creo que soy yo. Y tan verdad es como si lo hubiera dicho Aristóteles en el capítulo de los sombreros.



Vamos á otra cosa. Si este libro gusta al lector y la edición se vende, el tomo presente será el primero de una serie, porque hay tela cortada para varios volúmenes. La materia es abundante, porque nuestra literatura en estos últimos años ha manifestado gran actividad para bien y para mal, y así el teatro como la novela, como la poesía lírica y otros géneros, se han enriquecido con muchas producciones buenas y muchas malas; pero todo es riqueza, hasta los ochavos morunos.

Sí: se ha escrito mucho, y para estudiar concienzudamente el estado de nuestras letras en este último lustro, no bastará conocer los libros y las comedias que merecieron aplauso, sino también aquellos productos averiados de la medianía ó de la nulidad que sin merecerlo lo obtuvieron, ó sin obtenerlo lo solicitaron. Para

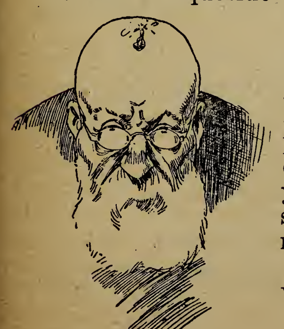
el experimentador, que diría Zola, todo sirve, y las enfermedades del espíritu son asunto de gran interés en el estudio de su naturaleza. Nuestra literatura es, no sólo cuanto han producido los autores insignes, sino también lo que ha salido de la cabeza de muchos ciudadanos que, contra los designios de Dios ó de la Naturaleza, escribieron dramas, libros y poemas y fueron aplaudidos ó silbados, según sopló el viento.

El público es un elemento integrante de toda literatura, y el observador que seriamente examina las materias literarias, como parte principal que son en la vida de los pueblos, necesita estudiar el espíritu colectivo, sus cambios, progresos y decadencias, en estas expresiones espontáneas de la opinión, que se ofrecen con caracteres más señalados y claros que en todo otro momento, en el veredicto que el gran *Jurado* pronuncia en el teatro ó cuando lee un libro.—¿Por qué el público que ha aplaudido á Cano ha silbado al Sr. Herránz?

Misterios son éstos que acaso tengan explicación el dia en que se haya reunido suficiente caudal de datos, de casos concretos para que el experimentador saque de ellos una ley cierta.

Mi libro es, pues, un Cronicón, un montón de artículos en que se habla de todos los autores que escriben aquí, buenos y malos. Junto á Echegaray y Ayala veréis á Cavestany y Pina Domínguez; junto á Sellés, á Cano; al lado de Valera y Galdós, á cualquier literato cursi, necio ó empalagoso; codeándose con Campoamor y Núñez de Arce estarán Velarde, Grilo, Hipandro Acaico; rozándose con Castelar el P. Sánchez.

Yo hubiera querido prescindir de los nombres propios, ó hacer lo que La Bruyère en sus *Caracteres*, llamar á cada cual con nombre postizo; pero esto sería una confusión caótica. En nuestro tiempo, además, no hay para qué andarse con paños calientes; así, ¡pues, cuando yo diga Catalina, entiéndase D. Mariano; y si añado que es un poeta detestable, siga entendiéndose siempre D. Mariano Catalina.



A guisa de entreacto ó de entremés, van sembrados por el librito algunos

cuentecillos más ó menos tendenciosos, sin más propósito de mi parte que el de entretener, si puedo, al lector; el mérito único que yo, su padre (el de los cuentos), veo en ellos, es el de no ser azules; mato al inocente siempre que es necesario, y me tiene sin cuidado que el mismo sol que alumbra al bueno alumbre al malo; el mundo es así, y caso de que yo me atreviera á corregirle la plana, no había de ser en un cuento, sino en una ley votada en Cortes, que es como el Gobierno de Sagasta quiere darnos la libertad.

Por último, este libro no lleva las licencias innecesarias, ni el permiso del Ordinario... ni es de texto, ni está recomendado por el Ministerio de Fomento á los Ayuntamientos y Diputaciones provinciales, como le sucede á la *Gaceta Agrícola*. Es, en fin, como dice el Catálogo del Ateneo de Madrid, un libro de *vaga y amena literatura*... que no viene á llenar ningún vacío.

CLARÍN.

E. RUBIÑOS, IMPRESOR.

FOLLETOS LITERARIOS

VIII

UN DISCURSO

POR

CLARIN

(LEOPOLDO ALAS)

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2

1891

OBRAS DE FONDO, DE VENTA EN LA MISMA LIBRERIA

ALAS (Leopoldo).—Solos de Clarín, un vol. en 8.º, nueva edición ricamente ilustrada por A. Pons. *ptas.* 4

...Sermón perdido: crítica y sátira: un vol. en 8.º *ptas.* 3,50

Nueva campaña: íd. íd.: un vol. en 8.º *ptas.* 3,50

Mezclilla: íd. íd.: un vol. en 8.º *ptas.* 3,50

Pipá.—Novelas cortas: un vol. en 8.º *ptas.* 4

Su único hijo (novela). *ptas.* 4

Folletos literarios: I.—Un viaje á Madrid. *ptas.* 1

Idem II.—Cánovas y su tiempo. *ptas.* 1

Idem III.—Apolo en Pafos. *ptas.* 1

Idem IV.—Mis plagios.—Un discurso de Núñez de Arce. *ptas.* 1

Idem V.—A 0,50 poeta. *ptas.* 1

Idem VI.—Rafael Calvo y el Teatro Español. *ptas.* 1

Idem VII.—Museum. *ptas.* 1

Idem VIII.—Un discurso. *ptas.* 1

Idem IX (en prensa).

Doña Berta; Cuervo; Superchería: novelas cortas (en prensa).

AMICIS (Edmundo De).—Corazón (Cuore), traducción de Giner de los Ríos: un volumen en 8.º *ptas.* 3,50

Infortunios y amor (La novela de un Maestro): un tomo en 8.º *ptas.* 4

Combates y aventuras (segunda parte de La novela de un Maestro). *ptas.* 4

CAMPOAMOR (Ramón de).—El amor ó la muerte.—Cómo rezan las solteras: poemas; un vol. en 8.º *ptas.* 1

El anillo de boda.—La orgía de la inocencia: poemas.—El buen ejemplo: dolora. *ptas.* 1

Humoradas: un precioso vol. en 8.º *ptas.* 3

Los amores de una santa: poema. *ptas.* 1

El licenciado Torralba: poema en ocho cantos; un vol. en 8.º *ptas.* 3

CÁVIA (Mariano de).—Azotes y galeras, con dibujos de A. Pons: un precioso volumen en 8.º *ptas.* 3,50

Salpicón; un precioso volumen en 8.º, ilustrado por A. Pons. *ptas.* 3,50

Bronce, porcelana y barro (figuras inéditas, en preparación).

DAUDET (Alfonso).—Safo (costumbres de París), tercera edición: un volumen en 8.º *ptas.* 3,50

El académico *(L'immortel)*; versión española: un vol. en 8.º *ptas.* 3,50

DICENTA (Joaquín).—Tinta negra, ilustrado por Muñoz Lucena y A. Pons (en prensa).

FRONTAURA (Carlos).—Las tiendas (diálogos humorísticos), cuarta edición aumentada. *ptas.* 3

HOLTZENDORFF (F. von de).—Principios de Política: traducida del alemán y anotada por los Sres. Buylla y Posada, catedráticos en la Universidad de Oviedo: un grueso vol. en 8.º mayor francés. *ptas.* 8

LÓPEZ BAGO (Eduardo).—La torería.—Luis Martínez el espada (en la plaza), novela social: un vol. en 8.º *ptas.* 3

MAUPASSANT (Guy de).—Las termas de Monte-Oriol; versión española de E. de Olavarría: un vol. en 8.º *ptas.* 3,50

Una vida (novela); traducción de E. Olavarría: un vol. en 8.º *ptas.* 3,50

MILLÁN (Pascual).—Corazón y brazo (novela); ricamente ilustrada por nuestros primeros artistas. *ptas.* 3,50

PALACIO (Eduardo de).—Cuadros vivos (á pluma y al pelo), ilustrado por Angel Pons. *ptas.* 3,50

RESASCO (F.).—En las riberas del Plata, traducción del italiano, por D. Antonio Sánchez Pérez: dos tomos en 8.º *ptas.* 7

SOBAQUILLO.—De pitón á pitón, con prólogo de Mariano de Cavia, ilustraciones de A. Pons; un precioso volumen en 8.º *ptas.* 3,50

TABOADA (Luis).—Madrid en broma: un precioso volumen en 8.º, ilustraciones de A. Pons. *ptas.* 3,50

La vida cursi, ilustraciones de A. Pons; un precioso volumen en 8.º *ptas.* 3,50

ZOLA (Emilio).—El ensueño *(Le Rêve)*, traducción de C. Malagarriga, segunda edición: un vol. en 8.º *ptas.* 3,50



